

El crit del Palleter: **Operaciones militares en el País Valenciano.** **Mayo-Junio de 1808.**

Antoni Manuel Mercé i Añó

INTRODUCCIÓN

I. Nuestro pequeño dilema.

¿Dónde estaba el ejército cuando el mariscal francés Moncey se presentó ante las murallas de Valencia en Junio de 1808? El hecho mismo de plantear la pregunta en estos términos implica que, efectivamente, el Ejército español no estuvo presente durante el ataque francés. Responder a esta pregunta nos ayudará a entender mejor los acontecimientos en el País Valenciano durante los días que siguieron a la insurrección contra el "opresor" napoleónico en Mayo de 1808.

Cuando el populacho de la ciudad se sublevó ante las noticias de las Abdicaciones de Bayona y obligó a las autoridades a constituir una Junta para luchar por la libertad de la patria y el regreso del rey ausente, en Valencia había muy pocas tropas regulares españolas. Se incrementaron éstas con refuerzos procedentes de Cartagena, en los días que sucedieron a la insurrección, pero cuando apareció Moncey, estas tropas parecían haberse esfumado.

Hemos de plantear aquí una serie de cuestiones. La primera, ¿qué papel jugó el ejército español en los acontecimientos de mayo y junio de 1808 en Valencia? Es importante atender a este problema porque creemos que no sólo es importante analizar cómo y por qué el pueblo valenciano pudo derrotar a los franceses, sino que la verdadera pregunta es por qué tuvo el pueblo que enfrentarse a los franceses. ¿Traición? ¿Incompetencia? ¿Cobardía? Quizá haya de todo un poco. El segundo problema que se plantea al analizar estos hechos es el siguiente: ¿Cómo es posible que Moncey, después de fracasada la toma de Valencia, lograra escapar con su ejército intacto frente a un enemigo que le doblaba en número?

Acontecimientos como la insurrección popular del 23 de mayo o la matanza de franceses de principios de junio ya han sido relatados hasta la saciedad, pero procede un nuevo análisis que los ponga en relación con las operaciones militares llevadas a cabo durante aquellos días aciagos.

En efecto, estos sucesos condicionarán la forma en que se defenderá la ciudad en el mes de junio, y nuestro análisis de las operaciones militares resultaría demasiado superficial si no los tuviéramos bien presentes. Pero dejemos de adelantar acontecimientos. Ahora

que el marco cronológico está bien delimitado y hemos abierto una serie de interrogantes, nos queda por establecer con claridad las líneas de investigación que se siguen en este trabajo:

- a) La actuación de los militares valencianos durante la insurrección de mayo de 1808.
- b) Operaciones defensivas durante el ataque francés y la inexplicable fuga de Moncey.
- c) El pueblo en armas y el ejército regular.
- d) La verdadera relevancia de las operaciones militares en Valencia.

Nuestra hipótesis es la siguiente: los poderes civiles y los mandos del ejército regular en el Levante peninsular adoptaron una actitud ambigua y poco decidida con respecto a las acciones a adoptar ante la revuelta popular y la inevitable expedición de castigo francesa. Consideraciones a veces egoístas o de una racionalidad muy poco adecuada a los tiempos, combinadas con una absoluta, aunque comprensible, falta de entusiasmo por la causa de la insurrección, obstaculizaron gravemente la capacidad operativa y de maniobra de los defensores. Los números, las condiciones geográficas y el exceso de confianza de Napoleón y Murat estaban a favor de la Junta de Valencia, pero, aun así, Moncey se plantó a las bravas ante las murallas de la ciudad y, aun derrotado, logró escapar y replegarse en buen orden.

Tradicionalmente, la campaña de Valencia en 1808 ha sido presentada como una derrota vergonzosa del ejército francés, cuando los acontecimientos parecen indicar que las tropas francesas se desarrollaron con bastante acierto y sólo cedieron ante la imposibilidad de tomar al asalto la ciudad de Valencia, un cometido que no figuraba en sus planes iniciales y para el que no estaban preparadas en absoluto. La expedición contra Valencia fue concebida como una operación policial y de ningún modo se esperaba llevar a cabo un asedio en toda regla.

Las razones que se han aducido hasta la fecha para explicar la escapada de Moncey son un tanto insuficientes. Falta un análisis militar en profundidad que ponga en relación estos notables acontecimientos con el contexto técnico y táctico de las campañas napoleónicas. Estos aspectos de la historia militar son de gran relevancia, porque sin ellos resulta imposible comprender las transformaciones que se operan en el seno de la sociedad española, con factores de cierto peso como serán la inoperancia del ejército regular, el fenómeno de la guerrilla, los asedios... Valencia juega un papel relevante y poco estudiado en la historia de la Guerra de la Independencia, un papel que contrasta con los mitos y leyendas que giran a su alrededor.

II. La elección del tema y su relevancia.

Por nuestra parte, ¿cuáles son los motivos que nos han llevado a elegir un tema tan definido y, aparentemente, tan poco prometedor como son las operaciones militares en Valencia en mayo y junio de 1808? Llegados a este punto, nos sentimos tentados de mandarlo todo al diablo y afirmar, con todas las de la ley, que investigamos este tema porque, contra todo pronóstico, en el transcurso de estos meses nos hemos sentido cada vez más intrigados y deseamos satisfacer, a toda costa, nuestra curiosidad. Esto pondría de manifiesto un carácter fatuo y vanidoso. Hay, es cierto, un inevitable grado de

curiosidad egoísta, pero faltaríamos a la verdad si no expusiéramos con más detalle las razones que nos llevan a hacer este trabajo.

Dejando al margen aquellos aspectos de la investigación que nos aportan algo a nosotros, los resultados de nuestras pesquisas ¿pueden ser socialmente relevantes? ¿Aportan algo a nuestro presente? Somos herederos de una tradición cultural que ha considerado que la búsqueda de la verdad es un bien en sí misma. Pero también somos herederos de una tradición histórica que ha construido sólidos mitos a su alrededor, mitos que hacen que nos sintamos cómodos y afortunados de ser quienes somos. La historia, por su parte, se distingue del mito en el sentido de que raramente aporta algo de lo que sentirse orgulloso. Más bien, lo contrario.

El *Palleter*, el Padre Rico, los hermanos Bertrán de Lis... son iconos históricos que encarnan valores con los que los valencianos de hoy en día pueden o quieren identificarse: gallardía, patriotismo, visión de futuro, devoción religiosa..., sin que importe demasiado si estos valores son disonantes o incluso contradictorios entre sí. Los iconos son símbolos, hitos, incluso figuras retóricas¹, pero no son historia, en sentido estricto. La historia debe aproximarse a la verdad, al contenido, y no sólo al símbolo. Frente a estas gestas "heroicas" contrastan otros episodios, como la matanza de franceses en junio de 1808. Atrocidades como ésta se han retratado como el producto de algunas mentes enfermas pero son, en realidad, el síntoma de unas estructuras sociales que ponen de manifiesto la brutalidad que domina gran parte de la existencia de los seres humanos en el Antiguo Régimen. Episodios como éste han sido obviados, o tratados como una singularidad lamentable, como una excepción. Merece la pena sacar a la luz estos acontecimientos, aunque sólo sea para despertarnos de nuestra complacencia.

La constatación de que el ejército francés lograrse escapar ante fuerzas enemigas numéricamente muy superiores, haciendo frente con éxito a una situación táctica realmente difícil, debe servir para desmontar el mito de la "gloriosa" resistencia valenciana al invasor. En retrospectiva, el ataque de Moncey a Valencia hubiera debido desembocar en un Bailén anticipado. Más allá del mito y la leyenda, nos encontramos ante una victoria militar que puede catalogarse, sin lugar a dudas, como pírrica. Parafraseando al general macedonio: *"Otra victoria como ésta, y estamos perdidos"*.

Finalmente, sería necesario analizar la aportación de estos sucesos en Valencia al conjunto del proceso bélico, no sólo en términos de estrategia global, sino también en la medida que ayudan a conformar el mito de la nación en armas. La propia naturaleza del levantamiento inicial contra los franceses y la cambiante realidad de la guerra condicionarán, en gran medida, no sólo la actuación del pueblo y del ejército, sino los cambios estructurales que, en última instancia, transformarán al conjunto de la nación. Esto último excede los límites de este trabajo, pero se trata de aspectos que no se puede dejar de tener en cuenta y que pueden dar lugar a una interesante reflexión.

¹ La figura del *Palleter* ha entrado a formar parte incluso del propio léxico. Decir en valenciano "Estàs fet un *Palleter*" significa que uno se muestra activamente insumiso frente a los abusos del poder o la injusticia.

III. Estado de la cuestión.

No existe, hasta donde llegan nuestros conocimientos, ninguna monografía que trate sobre las operaciones militares en Valencia en el período elegido. Capítulos dedicados al tema los hay en las grandes obras generales sobre la Guerra de Independencia, desde la obra del Conde de Toreno a la más reciente de Ronald Fraser². Del mismo modo, también es abundante la bibliografía especializada sobre este período en nuestra región. Sin embargo, la historiografía más actual trata las operaciones militares muy superficialmente, casi de pasada, y se centran en aspectos sociales, económicos y políticos. Nuestra propuesta es integrar en estas estructuras un análisis militar que determine en qué grado estos factores condicionan la defensa del Reino de Valencia y, también, hasta que punto influyen consideraciones de tipo puramente militar en la transformación que se opera en dichas estructuras ante la situación bélica.

La historiografía militar sobre la Guerra de la Independencia es inmensa. Desde la monumental obra de Gómez de Arteche y Moro, publicada en 1868, hasta las recientes publicaciones para aficionados de la editorial Osprey, pasamos por el imprescindible libro de Charles Oman, del año 1902. Sin ir más lejos, en 1972 el Servicio Histórico Militar publicaba el título "Guerra de la Independencia", en cuatro volúmenes, que se puede considerar heredero directo de la tradición historiográfica militar decimonónica. Esta historia militar especializada está obsoleta.

Todas estas obras tienen en común un defecto: para ellas la historia militar no es sino el ir y venir de regimientos, coroneles, generales y un sinfín de batallas, asedios y marchas forzadas. Por otra parte, apenas dedican unas breves páginas a los sucesos de Valencia en 1808, ensombrecidos por la sorprendente victoria de Bailén. Además, los historiadores británicos suelen tratar con desdén a las armas españolas. ¿Hasta qué punto está justificada esta actitud?

Por otra parte, los historiadores que han estudiado el País Valenciano en este período se han centrado exclusivamente en la historia económica, social y política, e incluso para fechas tan belicosas el análisis militar queda al margen. El libro de Manuel Ardit, por ejemplo, reseña las operaciones militares de 1808 muy a pesar suyo, sin entrar a analizar cuestiones tácticas. Por su parte, Vicent Genovés Amorós, que no elude la narrativa militar, peca de un exceso de confianza en el testimonio de Martínez Colomer, y muestra una escasa pericia para el análisis militar. Ambos libros, pese a su obvio interés, están relativamente anticuados. Un trabajo más reciente, como el de Pilar Hernández, sólo alude a las operaciones militares de forma totalmente tangencial.

De este modo, nos encontramos ante una "crisis de tijeras". No sabríamos decir si Valencia es irrelevante para la historia militar, o si la historia militar es irrelevante para Valencia. Queremos superar esta aporía y rellenar una laguna historiográfica: creemos que el análisis militar y el análisis socio-político pueden enriquecerse mutuamente. No se puede explicar la derrota, o la no-victoria, de Monecy sin atender a ciertas

² En el caso de Fraser, los capítulos dedicados a Valencia están tomados, directamente, del libro de Manuel Ardit.

consideraciones políticas y sociales que son propias del País Valenciano del Antiguo Régimen. Lo que es más, la victoria de los valencianos ha sido exagerada hasta el ridículo y cabe matizarla en profundidad.

Una narración de los acontecimientos basada en las fuentes disponibles, desde una óptica militar, es algo que, para el País Valenciano, no se ha hecho. Y, al hacerlo, posiblemente nos encontremos con la sorpresa de que, realmente, no es el Ejército el que gana las batallas. Más bien, lo contrario. El verdadero artífice de esta victoria, pírrica si se quiere, es el pueblo. Las autoridades supervivientes de la caduca monarquía borbónica no podrán aceptarlo: de todos modos, su actuación debe ser revisada a fondo si queremos esclarecer los pormenores del conflicto.

IV. Metodología.

La metodología de la historia militar tradicional ha consistido en utilizar las fuentes para determinar si tal regimiento participó en tal batalla, en tal sitio, y fue derrotado por tales razones. Si sumásemos los movimientos de todos los regimientos de todos los bandos y sus combates durante toda una guerra, habríamos hecho una preciosa historia militar en el sentido más clásico. Sin embargo, como apuntábamos antes, con eso se aprende muy poco. Nosotros pretendemos construir una cosmovisión: la del combatiente valenciano de 1808, un combatiente que no llevaba uniforme, que no estaba adscrito a ningún regimiento y que no tenía oficiales que le dirigieran.

Somos conscientes que la masa de documentación y bibliografía que hemos revisado nos hace sentir como los viejos historicistas del XIX. Lo que es peor, la materia que estamos tratando no se presta al paradigma historiográfico de corte marxista que hemos seguido durante años. Estamos en tierra de nadie

A pesar de todo, este trabajo es heredero tanto de la historia militar tradicional como de la historia cultural y social, con lo que corremos el riesgo de crear un híbrido monstruoso que no sirva para nada. Creemos haber superado ese riesgo planteando con claridad nuestra hipótesis y proponiendo testimonios y pruebas que la confirmen. La estructura del trabajo es lo bastante clara: la opción historiográfica, como vemos, es otra cuestión.

1. LOS SUCESOS DE VALENCIA EN MAYO Y JUNIO DE 1808.

1.1. La revuelta del 23 de Mayo y la formación de la Junta.

El 23 de mayo de 1808, en la plaza de la Compañía de Jesús, una pequeña multitud de curiosos se había reunido para leer la *Gazeta de Madrid* del día 20, recién llegada a la ciudad. Entre las noticias publicadas, destacaba la inverosímil abdicación doble de Carlos IV y Fernando VII, quienes ponían su corona a disposición de Napoleón. Esta nueva desencadenó un pequeño tumulto que crecería hasta convertirse en un motín popular en potencia³.

En Valencia existe un mito popular sobre los disturbios del 23 de mayo de 1808: la leyenda del "Palleter". Al contrario que otros de los muchos personajes a los que la cultura popular quiso conferir el protagonismo en la lucha contra el francés, como Agustina de Aragón, todo apunta a que el tal "Palleter", supuestamente llamado Vicent Doménech, no se corresponde con un personaje real. La leyenda dice que, inflamado de patriotismo, este humilde vendedor de virutas blandió la escarapela carmesí al grito de "*Jo, un pobre palleter, declare la guerra a Napoleó. Visca Ferran VII i mort als traïdors*"⁴. A partir de aquí, se desencadena un movimiento de fervor popular en el que se mezclan la xenofobia antifrancesa, el clericalismo y la defensa de la legitimidad de la dinastía borbónica frente al usurpador francés.

No hemos podido encontrar documentación alguna, ni en el Archivo Municipal de Valencia ni en otra parte, sobre este inverosímil personaje. En cambio, sabemos con certeza que el portavoz oficioso del pueblo común fue el Padre José Rico⁵, *un franciscano que, literalmente, se subió al carro revolucionario sin saber por qué* (García Cárcel, R. 2007, pág. 111). En todo caso, las clases bajas de la ciudad iniciaron un conato de motín, con la aquiescencia de algunos eclesiásticos y para consternación de las autoridades.

Acudieron los revoltosos, en primer lugar, a la Ciudadela a reclamar al Capitán General, Conde de la Conquista, la declaración de la guerra al francés y la proclamación de Fernando VII. El aristócrata, amedrentado por la muchedumbre, no puso reparos y se trasladó a la Audiencia, donde se había reunido el Real Acuerdo. Era obvio que las autoridades tendrían que hacer algo si querían evitar que la situación escapara a su control. Pero tenían las manos atadas: una monarquía centralista y absolutista no es precisamente el ambiente más propicio para que los mandos subalternos desarrollen sus dotes de iniciativa. Desde Madrid habían llegado instrucciones precisas: la corona estaba en manos de Bonaparte⁶, y ellos debían seguir en sus puestos como si nada hubiera pasado.

³ Martínez Colomer. Sucesos... Pag 3

⁴ Martínez Colomer. Sucesos... Pag 5

⁵ Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN). Estado, 83, N.

⁶ Al recibir la noticia del nombramiento de Murat como regente tras las abdicaciones de Bayona, el 17 de Mayo de 1808, el Real Acuerdo se expresaba en estos términos: "*y se escriba carta de enorabuena a S. A. Y. el gran Duque de Berg*". Archivo del Reino de Valencia. Real Acuerdo 103

En el fondo, La Conquista y sus subordinados preferían mantener su obediencia a Madrid antes que embarcarse en una insurrección cuyo final no estaba claro. En palabras de La Conquista: *A un rei teniamos que obedecer; que nos era indiferente fuera Fernando o Napoleón; que Fernando se había ausentado voluntariamente de Madrid, abandonando su nación (...) y que voluntariamente había hecho cesión de su corona en su padre Carlos IV, y que este con toda libertad la había renunciado en el emperador de los franceses*⁷. Pero esto no les convertía en traidores, sino que era una reacción dictada más por el miedo o la prudencia que por afrancesamiento (Ardit, M.; 1977. Pág. 123)

Mientras una muchedumbre se congregaba a las puertas del Real Acuerdo, el Cabildo municipal estaba reunido debatiendo las repercusiones de las abdicaciones de Bayona y el envío de representantes a la Diputación general que se estaba congregando en la villa francesa. En ese momento, empezaron a escucharse rumores de descontento popular y, sin más dilación, las autoridades municipales enviaron varios de sus miembros a estudiar el ambiente de la ciudad y a dos representantes al Real Acuerdo.

El pueblo sospechaba, con bastante razón, que las autoridades no pensaban hacer nada con respecto a los "abusos" del francés, mientras que éstas temían que el motín popular ocultase intenciones revolucionarias. En realidad, las autoridades no tenían nada que temer: el sentimiento patriótico era genuino, aunque, como solía suceder en tales tumultos del Antiguo Régimen, el pueblo podía aprovechar la agitación para desfogarse y mostrar su resentimiento. En vista del *griterío, amenazas y fuerza*⁸, y temiendo que la el descontento popular acabase en un baño de sangre, el Real Acuerdo aceptó, tras muchas vacilaciones y muy a su pesar, emitir un bando convocando al reclutamiento.

La muchedumbre, extasiada, partió con el Padre Rico, que había intercedido ante el Real Acuerdo, y el Conde de Cervellón, elegido comandante del Ejército por aclamación popular, a hacerse con el estandarte real que se guardaba en la casa consistorial, y que el Cabildo había custodiado celosamente hasta entonces. Guardado el estandarte en el domicilio de Cervellón, junto con las sacas del tesoro destinadas a Madrid que habían sido confiscadas por la muchedumbre durante los tumultos, el populacho se tranquilizó y todos volvieron a sus casas.

Sin embargo, el pueblo seguía estando receloso de las autoridades, y no les faltaba razón. Según Rico⁹, esa misma noche el Real Acuerdo envió un despacho a Madrid notificando los tumultos y solicitando se tomasen las medidas necesarias para restablecer el orden, solicitando incluso el envío de diez o doce mil soldados. Coaligado, entre otros, con los hermanos Bertrán de Lis, habituales conspiradores que ya habían dado muestras de actividad durante el Motín de Aranjuez, el Padre Rico y

⁷ Rico. *Memorias históricas sobre la Revolución de Valencia*. Pag 21

⁸ Archivo Histórico Municipal de Valencia (en adelante, AHMV). Libros capitulares y de actas. D-203

⁹ Rico. pág. 33-36. En sus Memorias, Rico reproduce los pasajes de las cartas emitidas por el Acuerdo, en letra cursiva pero, significativamente, la supuesta petición del envío de tropas utiliza letra normal. Eso parece convertirla más bien en una simple conjetura, aunque no del todo desencaminada. Las noticias de la revuelta valenciana se conocieron en Madrid ya el día 26 de Mayo y fueron publicadas en la Gazeta del 28.

otros planificaron un nuevo estallido popular para el día siguiente, que debía desembocar en la creación de una Junta en la que ellos mismos serían protagonistas¹⁰.

El día 24, los acontecimientos se precipitaron: una multitud se había congregado a las puertas de la ciudadela, donde se custodiaban los pertrechos de la guarnición, y se disponía a tomarla por asalto. Rico y sus coaligados apenas pudieron ponerse al frente de la turba y la ciudadela fue tomada sin derramamiento de sangre. Al día siguiente, y en vista de la popularidad de Rico y sus colaboradores, el Acuerdo aceptó la formación de una Junta, *después de reformar la lista propuesta por Rico, en el sentido de incluir a muchas antiguas autoridades que no figuraban en el proyecto (...). La composición de la Junta fue muy heterogénea y con un neto predominio numérico de las antiguas autoridades* (Ardit, M.; 1977. Pág. 126)

El orden se restableció lentamente, tan pronto las autoridades hicieron ver que actuarían según las intenciones del pueblo. El 27 de mayo, en medio de un gran fervor religioso, se proclamaba solemnemente a Fernando VII. Pero tanto la recién formada Junta, en la que participaron los poderes civiles y militares anteriores a la revuelta junto con algunos elementos "populares" como el Padre Rico, como el Ayuntamiento, estaban muy preocupados. El 26 de mayo, un cabildo extraordinario ordenaba la formación de *partidas de paisanos cabezas de casa armados* que recorrieran las calles *dispersando a los corrillos y haciendo que todos se retiren a sus casas*¹¹. Las actas del Cabildo manifiestan que dicha preocupación iba más encaminada a conservar el orden público y la paz social que a tomar medida positiva alguna contra el enemigo francés.

Como ya hemos adelantado, el mando del ejército recayó, por designación popular, sobre el Conde de Cervellón. Este personaje había ganado cierta popularidad al haber obtenido, durante los tumultos de 1801, la abolición de las milicias provinciales en Valencia. Su experiencia militar era, en el mejor de los casos, un tanto precaria, y su compromiso con la causa de la insurrección era, sin lugar a dudas, ambiguo. Al recibir su "nombramiento" el 23 de mayo, en el edificio de la Audiencia, exclamó: *"Señores, Vmds. me quieren perder. Vmds se quitan la carga de encima y quieren que yo admita el nombramiento de General que ha hecho en mí el pueblo, para que de aquí á ocho dias vengan los exércitos franceses, y se me suspenda de un cadahalso como traidor á la nueva dinastia"*¹²

El flamante líder militar no sólo manifestaría una comprensible renuencia a aceptar el cargo. Los historiadores británicos no han dudado en censurar su falta de pericia militar. Charles Oman le dedica estas palabras: *"the incapable Spanish commander"* (Oman, C. 1902. pág. 138), mientras que Esdaile se refiere a él como: *"el inepto Conde de Cervellón"* (Esdaile, C. 2004. pág. 102). Aun así, difícilmente podrían saber entonces los patriotas valencianos que habían elegido para dirigir sus ejércitos a una persona que no sólo no quería dirigirlos, sino que ni siquiera estaba capacitada para hacerlo. El

¹⁰ Bertrán de Lis, V. *Apuntes biográficos*. Pag. 16 y ss.

¹¹ AHMV. Libros capitulares y de actas. D-203

¹² Rico. Memorias... pág. 26.

propio Cervellón se guardaría de mostrar su desafección en público, y sólo los acontecimientos podrían demostrar su notoria incompetencia.

En todo caso, no se puede decir que el Conde de Cervellón fuese una excepción dentro de la alta oficialidad española: *cuyo aval de origen para una carrera rápida era la nobleza o la Guardia Real. Su experiencia previa era escasa (...) No habían maniobrado en línea nunca.* (García Cárcel, R. 2007. pág. 135)

En resumidas cuentas, los acontecimientos del 23 de mayo y los días siguientes tuvieron como resultado el que las viejas autoridades conservasen su poder efectivo y aun lo incrementasen. Aun así, este poder había cedido a las demandas del pueblo común, incluso cuando estas mismas demandas presagiaban el desastre a los ojos de los sensatos y prudentes aristócratas que detentaban el poder. La designación de Cervellón no podía ser más desafortunada, pero los propios miembros de la Junta harían gala de una inactividad y falta de iniciativa que sería muy preocupante.

El reclutamiento tropezaría con numerosas dificultades, no sólo logísticas, sino organizativas. No era viable establecer un sistema de milicias, que en el año 1800 había conducido a una *jacquerie*. Se podía encuadrar a los voluntarios en unidades regulares, y comenzar la creación de milicias urbanas de voluntarios, pero hasta el 18 de junio no tomaría forma, por ejemplo, el proyecto de los "Leales Guardias de Valencia", compuesto por *2000 ciudadanos y 500 labradores de conducta y arraigo*¹³.

Sin embargo, el principal problema para la defensa de Valencia era que el tiempo apremiaba. La respuesta de Napoleón no iba a hacerse esperar, y apenas se dispondría de un mes para preparar el reino para la guerra.

¹³ AHMV. D-103. Pag. 148. Cabildo Extraordinario del 18 de Junio.

1.2. La conjura del Canónigo Calvo y la matanza de los franceses.

Podría decirse que los acontecimientos del 23 de mayo habían servido para cambiarlo todo para que todo siguiera igual. La recién formada Junta, la proclamación de Fernando VII y el inicio del reclutamiento eran medidas positivas, pero no suficientes, a la vista de los grupos más exaltados de la población. Existía un cierto descontento ante la supuesta tibieza de las autoridades, y la desconfianza popular ya había tenido, el día 27 de mayo, nefastas consecuencias: el asesinato a manos de la turba del Barón de Albalat, sospechoso de entenderse con Murat.

Pero si difícilmente era justificable el asesinato de un supuesto traidor sin al menos precederlo con alguna parodia de juicio, todavía más infames fueron los sucesos que vendrían a continuación. Genovés Amorós se refiere a este período como "*el episodio de Terror de la revolución*" (Genovés Amorós, V. 1967: pág. 57), aunque quizá la analogía más correcta con la Revolución Francesa sea la "*Grand Peur*" (Ardit, M. 1977, pág. 128). Estos episodios de miedo, pasión y locura colectivos alcanzarían su paroxismo los días 5 y 6 de junio, en un multitudinario *pogrom* contra los residentes franceses de la capital.

La inmigración de franceses había sido una constante secular, y no menos constante había sido la xenofobia del populacho valenciano. Esta xenofobia permanecía latente, esperando a que alguien la despertara con algún siniestro propósito: no pocas veces las autoridades han intentado canalizar el descontento popular contra cualquier colectivo susceptible de llamarse "los otros". En esta ocasión, la xenofobia fue utilizada con fines políticos por parte de un oscuro canónigo recién llegado de Madrid: Baltasar Calvo.

No vamos a detenernos a analizar la trayectoria de este siniestro personaje, que había sido expulsado de Madrid en varias ocasiones por su afición a la conjura y la delación: un verdadero sicofante. Lo que merece resaltarse es que este individuo y sus conjurados, elementos que supieron explotar la *desconfianza, resentimiento y brutalidad del pueblo bajo* (Genovés Amorós, V. 1967: pág. 57), se las ingeniaron para poner en entredicho la autoridad ya precaria de la Junta y ponerla contra las cuerdas.

El caso es que la Junta no estaba dirigida, como ya hemos visto, por fanáticos exaltados, sino que incluía una representación de las antiguas autoridades y de los sectores más moderados del pueblo común, o de la burguesía. La idea de masacrar a los franceses es difícil que se les pasara por la cabeza: antes bien, la mayoría fueron alojados tras los muros de la Ciudadela para su propia seguridad. Es cierto que Francia era el enemigo, pero aquellos prisioneros eran más útiles vivos, ya que podrían canjearse por otros prisioneros, o reclamar a Francia el pago de un rescate a cambio de su liberación. Pero el populacho no entendía una lógica tan simple: enardecido por las proclamas antifrancesas y deseoso de desfogar su malcontento, estaba dispuesto a prestar oídos a las maquinaciones de Calvo.

El objetivo de aquel canónigo no era otro que hacerse con las riendas del poder, colocando a la Junta ante una situación imposible: el día 5 de junio, una muchedumbre asaltaba la Ciudadela y comenzó a maltratar a los franceses que estaban refugiados allí.

Ni los representantes de la Junta, incluyendo al propio Padre Rico, lograron disuadir a Calvo de sus propósitos, ni las súplicas de prácticamente todo el clero de la ciudad, que acudió en procesión para pedir clemencia.

La masacre de franceses se inició aquella noche, y la degollina duraría hasta que, al día siguiente, ya no quedaban más franceses que matar. En total, perderían la vida unos 200 franceses. Mientras tanto, apoyado por la muchedumbre que había asaltado la Ciudadela y se había hecho con las armas allí guardadas, Calvo se autoproclamaría vocal de la Junta, ante la pasividad de la Conquista, Cervellón, Aspiroz (intendente general) y aquellos miembros de la Junta procedentes de la antigua administración del Reino. Serían Bertrán de Lis y Rico, representantes del común, quienes encabezarían la "reacción thermidoriana". Consiguieron ganarse la confianza de Calvo con una añagaza y, el 7 de junio la Junta, que le había invitado a una reunión donde supuestamente tomaría posesión de su cargo, lo declaró reo de traición y decretó su encarcelamiento

La locura terminaría con Calvo enviado, cargado de cadenas, a Mallorca. La Junta había logrado sobreponerse y reforzar su autoridad, pero la locura de estos dos días había servido para demostrar, nuevamente, la inoperancia de las antiguas autoridades. Por otra parte, el prestigio de Rico como líder moderado se había visto notablemente incrementado.

Un efecto que los historiadores han pasado por alto es, quizá, que la matanza de franceses fue un acto equivalente a "quemar las naves". Cuando llegase el ejército francés, no habría vuelta atrás. En un contexto de una brutalidad sin precedentes, en un conflicto cuya *violencia permanecerá en la memoria: las feroces represalias que suceden a unas atrocidades espantosas* (Malye, F., 2008: pág. 12), el pueblo valenciano había hecho su pequeña pero significativa contribución a los desastres de la guerra. Mientras la aristocracia gobernante se podía aferrar todavía a sus privilegios y a su inocencia, el pueblo llano había demostrado que la guerra contra el francés era una guerra total: una guerra donde difícilmente se podría esperar cuartel.

Este factor contribuiría, sin duda, a la obstinada defensa de la ciudad. Después de la matanza de civiles inocentes, los valencianos se habían expuesto a las represalias de los soldados franceses. Ya no lucharían solamente por nimiedades como la religión o la monarquía, sino por sus propias vidas. *Los labradores de l'Horta tenían buenas razones para temer, más que en cualquier otra parte, el ataque francés. La masacre que habían infringido a los residentes franceses iba, sin duda, a ser motivo de fuertes represalias si Moncey tomaba la ciudad.* (Fraser, R., 2006. pág. 255)

1.3. La reacción francesa.

Las primeras noticias sobre la insurrección valenciana llegaron a Madrid ya el 25 de Mayo, siendo el propio Real Acuerdo de Valencia quien había facilitado la información¹⁴ en un oficio secreto enviado al Consejo el mismo día de la revuelta. En ese documento, los gobernantes valencianos solicitaban instrucciones sobre los pasos a seguir ante los disturbios. Hemos de tener bien presente este punto para explicar la actuación de los franceses.

Efectivamente, el documento daba a entender que las autoridades valencianas temían perder el control de los acontecimientos, pero no alcanzaba a explicar el alcance y difusión de la revuelta. El hecho de que estas autoridades solicitasen ayuda sólo podía significar que los poderes públicos y militares estaban en contra de la insurrección. En Madrid, los franceses podían dar por sentado que las unidades militares acantonadas en Valencia se mantenían al margen de la revuelta, si no se hallaban activamente empeñadas en sofocarla.

Bastaría, pues, con una fuerza más policial que militar para aniquilar a los levantiscos y restaurar el orden, suponiendo que las fuerzas regulares españolas no se unieran a los insurrectos. La misión de atajar el levantamiento en Valencia fue confiada al Mariscal Moncey, *uno de los oficiales más destacados de Bonaparte, distinguido en acciones del calibre de Jena y Austerlitz* (Cayuela Fernández, J.G. y Gallego Palomares J.A. 2008 pág. 108) y que, por otra parte, *había combatido ya en nuestro suelo de 1794 a 1795, alcanzando grandes éxitos como general en jefe del ejército de los Pirineos Orientales* (Priego López, J. 1972. pág. 48).

Sin embargo, Moncey no había obtenido el rango de Mariscal por sus habilidades castrenses: *mais nombre d'auteurs évoquent les capacités manoeuvrières limitées de Moncey. Dans une galerie des figures célèbres, genre littéraire à la mode à la Belle Époque, Maurice Lanthenay soulignait que « dans l'histoire des guerres de la Révolution et de l'Empire, le nom du maréchal Moncey ne brille pas du même éclat que ceux des Ney, des Lannes, des Murat, des Davout, des Masséna : Moncey n'a pas comme eux été moissonner la gloire sur les champs de bataille immortels d'Austerlitz ou d'Yéna, de Friedland ou de Wagram...* (Ebel, E., 2009, pág. 60). Su ascenso se debía a su condición de Inspector General de la *Gendarmerie*, cargo que representó con gran acierto.

En el momento de recibir la orden de marchar sobre Valencia, Moncey estaba al mando del "Cuerpo de Observación de la Costa del Océano", integrado por tres divisiones de infantería y una de caballería, parcialmente acantonado en los alrededores de Madrid. Se le ordenó tomar personalmente el mando de una de estas divisiones (la División Musnier) y marchar sobre Valencia: *Le maréchal Moncey, avec toute sa première division d'infanterie, ses douze pièces d'artillerie, 800 hommes de cavalerie française et quatre pièces d'artillerie légère (...) se mettra en mouvement pour pendre position à*

¹⁴ *AHN. Consejos. 5512, Exp.14*

*Cuenca*¹⁵. Nadie más adecuado que el Inspector General de la *Gendarmerie* para encabezar una misión policial, pero no podemos dejar de suponer que Moncey se sintió humillado al confiársele una única división. Simultáneamente, se ordenaba al general Duhesme, en Catalunya, destacar la división del general Chabran para que avanzase desde el Norte contra Valencia: *il serait nécessaire de combiner son mouvement avec celui du général Chabran, pour arriver ensemble et en masse a Valence*¹⁶.

Ignorando el alcance de la revuelta en Valencia, la única división de Moncey sería insuficiente para tomar la ciudad al asalto, si los valencianos decidían defenderse. En este caso, sólo combinando sus fuerzas con Chabran sería posible hacerlo pero, ¿qué ocurriría si los catalanes se sumaban a la revuelta? La dispersión de las fuerzas francesas desde Catalunya hasta Lisboa y la lentitud de las comunicaciones impedían que Napoleón, que se hallaba en Bayona, pudiera tener una visión de conjunto adecuada. Engañados ante la posibilidad de que los asuntos de Valencia fuesen meros disturbios y dando por descontada la pasividad del ejército español, los franceses enviaron una fuerza totalmente inadecuada.

Pero aquí no termina la enumeración de los males de una operación mal concebida. Suponiendo que tanto Moncey como Chabran pudieran marchar sin impedimentos, ¿cómo iban a concertar sus movimientos si sus respectivas bases de operaciones se encontraban casi a cuatrocientos kilómetros? La necesidad de actuar conjuntamente con Chabran condicionaría en gran medida los movimientos de Moncey quien ya de por sí era un general cauteloso y metódico: por ejemplo, en 1800, durante el asedio de Masséna en Génova, *Bonaparte, impatient, reproche à Moncey son manque d'initiative* (Ebel, E., 2009, pág. 60).

En definitiva, una misión policial contra Valencia tenía que llevarse a cabo de forma rápida y fulminante pero, si se trataba solamente de una misión policial, ¿por qué se ordenaba un despliegue conjunto de dos divisiones que, en cualquier caso, no podrían comunicarse entre sí con celeridad? El plan de Napoleón intentaba cubrir tantas eventualidades que, finalmente, no serviría para hacer frente a ninguna.

Tanto Murat como Napoleón parecían pensar que *España estaba conquistada, que tres mil hombres eran más que suficientes para subyugar a los insurgentes de la provincia rebelde y que en el resto del territorio los invasores podrían moverse como si estuvieran en territorio amistoso* (Foy, M. 1829, pág. 229). Pronto descubrirían la magnitud de su error.

¹⁵ Napoleon, Correspondance, Aneé 1808: No. 14029. A Joaquin, Duc de Berg. 30 de Mayo.

¹⁶ Napoleon, Corr. No. 14028. A Alexandre, Prince de Neuchatel. 30 de Mayo.

2. LA SITUACIÓN ESTRATÉGICA.

Al iniciarse la revuelta, Valencia apenas contaba con efectivos militares, de lo que se lamentarían amargamente las antiguas autoridades. Pero la situación geográfica favorecía decididamente a los defensores y, por otra parte, el ejército francés destacado en España no era, precisamente, lo más granado de la *Grande Armée*. En este capítulo, analizaremos la situación estratégica y la composición de los ejércitos en liza. Analizaremos también las posiciones defensivas de la propia ciudad de Valencia que, en junio de 1808, era prácticamente una ciudad abierta.

2.1 Consideraciones geográficas.

A pesar de las lamentaciones de Cervellón y La Conquista, la defensa del reino de Valencia no era en absoluto complicada: el Sistema Ibérico se extiende entre la llanura litoral valenciana y la Meseta castellana, y sólo existen dos puntos de acceso por los que pueda transitar un ejército numeroso procedente de Madrid: Almansa y las Hoces del Cabriel. El primero recorría el Camino Real de Madrid, que unía Valencia con la capital, y seguía el trayecto que hoy en día se corresponde con la carretera nacional N-430. Éste era el camino más seguro y transitable, pero añadía un centenar de kilómetros de marcha. El otro itinerario era, a grandes rasgos, similar al trazado de la antigua N-III, y mucho más corto, pero debía atravesar el pasaje de las Hoces del Cabriel y varios puertos de montaña, por caminos irregulares y poco seguros.

Un ejército procedente de Catalunya podría, fácilmente, recorrer el litoral castellonense o avanzar por el terreno relativamente llano entre Sant Mateu y La Pobla Tornesa hasta llegar a Castelló, y desde allí, caer sobre Valencia. Esta ruta, no obstante, podía ser cortada en varios puntos y, de todos modos, los ejércitos franceses destacados en Catalunya tenían demasiados problemas como para enviar un destacamento numeroso hacia Valencia. Aunque Chabran había recibido órdenes de emprender la marcha hacia el Sur, la actividad de los *sometents* y la dificultad de la ruta hacia Valencia le dejaron prácticamente inmovilizado. Quedaba sólo Moncey, quien tenía asegurada la retirada y podía avanzar libremente hacia Valencia.

Los defensores sólo tenían que concentrar sus efectivos en Almansa o Contreras, según la ruta que eligiera Moncey. Como veremos, contaban con superioridad numérica y sólo tenían que actuar con celeridad para cortarle el paso al francés, quien tendría todas las de perder.

2.2. El ejército regular español en Valencia. Efectivos y disposiciones defensivas.

En mayo de 1808, apenas había tropas en las inmediaciones de Valencia. *En la capital, había 621 infantes y 357 caballos, y 8343 infantes con 841 caballos en los dos Reynos de Valencia y Murcia, y Plaza de Cartagena*¹⁷. No era de extrañar, puesto que a lo largo del año gran cantidad de tropas se habían desplazado hacia la frontera portuguesa y en Valencia no existía mayor preocupación militar que la presencia de corsarios ingleses (a la sazón, España e Inglaterra seguían en guerra). Las campañas más significativas de la Guerra de la Independencia se libraron a lo largo de un eje que conduce desde los Pirineos hasta la capital portuguesa, y Valencia quedaría al margen del teatro principal de operaciones.

No será hasta la insurrección madrileña del 2 de mayo y los disturbios que tienen lugar en las provincias de la periferia durante el resto del mes cuando Valencia entra en el punto de mira de los franceses. En todo caso, al iniciarse el levantamiento, el flamante comandante militar designado por el populacho, Conde de Cervellón, sólo dispone de una exigua cantidad de tropas, en los cuarteles de Murcia y Valencia, que son las siguientes, según Oman¹⁸:

	Nombre de la unidad	NÚMERO.	Ubicación
Infantería de línea.	Dos batallones del Regimiento de América:	600 aprox.	Valencia.
	Regimiento de Saboya:	936	Valencia.
	Regimiento Valencia	923	Murcia.
	Rgto Voluntarios de Castilla	1487	Murcia
Extranjeros.	6º de Suizos o Regimiento Traxler.	1757	Murcia.
Milicia.	Regimiento de Milicia de Ávila.	574	Valencia
	Rgto. de Milicia de Murcia.	564	Murcia.
	Rgto. de Milicia de Soria.	582	Valencia.
Caballería.	1er Rgto de Numancia (Húsares).	630	Valencia
Artillería.	2º Rgto de Artillería de campaña.	1146	Murcia y Valencia.

Con todo esto, tenemos un total que apenas llega a diez mil soldados regulares. Los regimientos de infantería de línea se encontraban en una situación extremadamente precaria, *síntoma de la general desmoralización de la época. Bajo la administración de Godoy siempre escaseaba el dinero (...) y los huecos en las filas posiblemente representasen forzosas economías al igual que una administración corrupta* (Oman, C. 1902. pág. 98). Efectivamente, cada regimiento de línea debía contar con una dotación de 2186 soldados, según las ordenanzas, pero ninguno de los regimientos de la región contaba con algo medianamente parecido a la totalidad de sus efectivos.

Prescindiendo de la valoración de Oman, las deficiencias del ejército regular español eran de carácter estructural: escasez de oficiales cualificados, baja calidad de la tropa reclutada y altos mandos designados más por su rango social que por sus méritos. No

¹⁷ Manifiesto que hace la Junta... Pag. 5.

¹⁸ N del A. Las cifras de Oman difieren levemente de las facilitadas por la Junta, ya que están basadas en el Estado General de enero de 1808. Véase el anexo I. La Junta no incluye en su lista los batallones del Regimiento de América, y añade el regimiento de caballería de Olivencia, acantonado en Alicante. No obstante, las discrepancias en el número de tropas son mínimas.

diferían de las que se hallaban en los ejércitos de cualquier país europeo, excepto Francia. La interferencia de Godoy es un factor anecdótico. Mayor importancia reviste el hecho de que las mejores tropas disponibles habían sido puestas a las órdenes de Napoleón según los términos de la alianza franco-española: el cuerpo de ejército del Marqués de la Romana, que estaba acantonado en Dinamarca. Para nutrir dicho cuerpo, se habían extraído tropas de los regimientos que habían quedado en la Península, dejándolos todavía más mermados en número.

Los regimientos de milicia se encontraban en una situación mejor. Integrados por tropas que estaban en servicio desde 1804, se encontraban en su mayoría casi al completo. Al contrario que los regimientos de línea, que constaban de tres o cuatro batallones, los regimientos de milicia tenían un único batallón. Generalmente, los soldados se reclutaban en la región epónima, al igual que sus oficiales. Podían considerarse, con toda justicia, infantería regular en todo salvo en el nombre.

A la escasez de tropas se añadía una terrible penuria en equipamiento militar. Fusiles, cañones, bayonetas o incluso uniformes brillaban por su ausencia. La recién creada Junta Suprema del Reino tenía que crear un ejército partiendo prácticamente de cero. Faltaba absolutamente de todo: se tuvo que pedir a Cartagena el envío de una remesa de 4.000 fusiles para armar las levas que apresuradamente se levantaban¹⁹.

La Junta hubo de recurrir a otros expedientes para obtener armas: el 9 de junio se publicaba un bando solicitando *a todos los particulares aporten cualquier arma que tengan en sus casas*²⁰. Esta medida, en todo caso, era contraproducente, ya que hubiera generado un problema logístico insoluble para alistar y municionar las armas de distintos tipos y calibres. La escasez de proyectiles pudo suplirse gracias a la incautación del cargamento de una fragata francesa que se había refugiado en el Grau huyendo de un corsario inglés: unos 2000 quintales de plomo que se pudieron fundir para fabricar balas.

Transcurridas tres semanas desde la creación de la Junta, en Valencia se había reclutado un ejército que, añadido a los regimientos mencionados, alcanzaba un total de unos 16.000 hombres razonablemente equipados. *Como las providencias que la Junta había tomado relativas al alistamiento general eran tan eficaces (...) de todas partes acudían en tropel los mozos alistados a la capital*²¹. Los regimientos de línea se reforzaron con tropas recién reclutadas hasta cubrir sus vacantes, y el resto de reclutas se enmarcaron en regimientos de nueva formación: el Regimiento de la Fe, Segundo de Saboya, Regimiento Turia, Cazadores Voluntarios de Valencia, Segundo de Valencia, Voluntarios de Borbón...²². Los regimientos de la guarnición de Murcia añadían otros 10.000 soldados, dirigidos por el General González Llamas.

¹⁹ AHN. Diversos-Colecciones, 95, N.5

²⁰ Diario de Valencia, 11 de junio.

²¹ Rico. Memorias... pág. 108.

²² AHN. Diversos-Colecciones, 73, N.20

Formar regimientos de infantería es relativamente fácil, ya que básicamente sólo hacen falta dos cosas: fusiles y carne de cañón. De ésta última, había de sobra, *pero en lo que toca al vestuario, las nuevas tropas no tenían uniformes, y fue el vestido tradicional valenciano de labradores de l'Horta lo que vestían los defensores de Valencia* (Genovés Amorós, V. 1967. pág. 72). En un despacho remitido a la Junta, el Mariscal Adorno, apostado en las Cabrillas el 12 de junio de 1808, se quejaría de que sus tropas *estaban sin municionar (...) La mayor parte carece de cartucheras y cañanas*²³.

Pero la infantería, por sí sola, no servía para nada en el campo de batalla napoleónico. Durante la Edad Moderna y en los inicios de la Contemporánea, los ejércitos en campaña eran una combinación de infantería, artillería y caballería, siendo estos dos últimos cuerpos altamente especializados y caros de constituir y mantener. Para la defensa de Valencia en 1808, sólo se contaba con unos 900 soldados de caballería, dejando de lado los correos del ejército. Este caso es paradigmático de toda la guerra. Los ejércitos regulares españoles combatieron con una permanente escasez de caballería, y ésta era una de las principales causas de que la mayoría de batallas campales terminasen en desastre. La caballería era vital tanto para la exploración y descubierta durante la marcha como para la batalla campal. Una caballería numerosa podía utilizarse para aplastar a la infantería enemiga si se daba a la fuga, o para proteger a la propia si era ésta la que huía. Evaluar el número de la caballería española resulta una operación grotesca: los regimientos enumeran más jinetes que caballos, y éstos no podían obtenerse de cualquier manera, aunque la Junta de Valencia solicitase la donación de cualquier montura²⁴. El expediente tradicional de confiscar bestias de tiro en el campo no servía para nada, ya que un caballo de guerra necesita, al igual que su jinete, un adiestramiento. En total, el ejército valenciano no contaría con más de 800 caballos, y esto suponía una proporción inaceptable para un ejército de 16000 hombres.

Como conclusión, podemos establecer que el ejército de que disponía la Junta de Valencia, al que se habían incorporado las tropas pertenecientes a la Junta de Murcia, no era una fuerza militar de élite, pero al menos la mitad de sus efectivos llevaban bajo banderas tiempo suficiente para ser considerados algo más que meros novatos. Los errores organizativos, empero, como la creación de regimientos de nueva planta formados exclusivamente por nuevos reclutas, tendían a diluir la eficacia de este ejército. Por otra parte, las carencias logísticas eran endémicas, y sólo a duras penas se pudo armar y municionar a la tropa: el recién formado Regimiento de Cazadores de Valencia no recibiría sus fusiles hasta el 14 de junio, y sólo se le suministró munición a partir del día 22, un día antes de recibir órdenes de entrar en combate²⁵. Uno no puede dejar de preguntarse la eficacia que podía tener una unidad cuyos soldados no habían pegado un solo tiro y que apenas llevaban una semana haciendo maniobras.

²³ AHN. Diversos-Colecciones, 88, N.3

²⁴ Diario de Valencia. 1 de Junio.

²⁵ Martínez Colomer. Sucesos. pág. 78 y ss.

2.3. El ejército de Moncey

Como hemos visto, las noticias de los alzamientos populares en la periferia peninsular fueron recibidas en Madrid con una mezcla de sorpresa y de desprecio. Al fin y al cabo, los ejércitos de Napoleón habían campado a sus anchas por toda Europa aplastando todo bicho viviente. Los regimientos españoles acantonados en Madrid habían permanecido inactivos durante la revuelta del 2 de mayo, y era de esperar que el movimiento popular en las provincias careciese de apoyo militar regular.

Llegados a este punto, es necesario determinar en qué consistía exactamente la división con la que Moncey debía avanzar hacia Valencia. Su orden de batalla incluía cuatro regimientos provisionales de infantería franceses (Números 1, 2, 4 y 4), un batallón de infantería de Westfalia y un regimiento provisional de dragones (caballería), con un total de *7750 infantes, 237 artilleros, 800 jinetes y 16 piezas de artillería* (Priego López, J. 1972. pág. 81). No era un ejército especialmente numeroso, pero lo más preocupante para Moncey era que no se trataba, precisamente, de un ejército veterano.

En palabras del historiador británico Charles Oman: *Más flojos en su composición eran los veinte regimientos provisionales que el Emperador había reunido para España. Se ordenó a cada cuartel regimental en el sur de Francia que formase un batallón de cuatro compañías con el excedente de la enorme masa de conscriptos. Éstos se agregaron de cuatro en cuatro para formar "regimientos provisionales". Los miembros de cada batallón no tenían nada que ver con los otros, puesto que habían sido destacados desde distintos regimientos: no había un único soldado veterano en la tropa; los oficiales eran, o bien reservistas de media paga o bien subtenientes que acababan de obtener su primera comisión* (Oman, C. 1902. pág. 104). En otras palabras, se trataba de soldados "supernumerarios", que carecían de *esprit de corps* y de experiencia.

Esta valoración de Charles Oman pretende explicar el desastre de Dupont en Bailén, pero en el caso de Valencia, estas tropas, como veremos, rindieron muy por encima de tan bajas expectativas. Lo cierto es que, en general, el liderazgo de Moncey estuvo siempre a la altura de las circunstancias, y en ningún momento sus tropas se disgregaron o fracasaron en mantener el orden de marcha, aunque es posible que la falta de experiencia de las tropas condicionase las decisiones tácticas de su comandante y contribuyese a ralentizar sus movimientos.

Aun así, y pese a tratarse de soldados bisoños y agregados a regimientos desprovistos de solera, no carecían de instrucción básica, e iban equipados de forma homogénea y bastante completa. Finalmente, no hay que olvidar que en los últimos años el ejército francés había marchado casi de victoria en victoria, *sintiéndose cada recluta como parte de un inmenso engranaje de gran seguridad* (Cayuela Fernández, J.G y Gallego Palomares, J.A. 2008. pág. 103).

El factor "moral" no debe perderse de vista, porque es crucial a la hora de determinar la victoria o la derrota de un ejército, especialmente en una época en la que la disciplina de tiro, la cohesión en las líneas y la resistencia al fuego enemigo son tan importantes

como la planificación táctica o logística. En este último sentido, el ejército francés destacado en España no carecía de líderes competentes, y estaba razonablemente surtido de trenes de artillería y bagajes para los estándares de la época. Aun así, la Península Ibérica no era, precisamente, el mejor lugar para que las tropas viviesen del terreno, como solía ser habitual en las fuerzas francesas cuando se hallaban en campaña.

En definitiva, el ejército de Moncey estaba preparado para librar batallas a campo abierto: entre las 16 piezas de artillería se encontraban piezas de campaña y cañones de "a caballo". No se trataba, precisamente, de una concentración artillera especialmente numerosa, y eran, a todas luces, insuficientes para tomar al asalto una ciudad. Lo que realmente importaba, al parecer, era moverse deprisa, sin entorpecer la marcha con engorrosas piezas de asedio y sus correspondientes bagajes.

2.4. La "fortaleza" de Valencia.

En 1808, Valencia contaba con una población de menos de 100.000 habitantes, a los que cabía añadir unos 60.000 en los pueblos de l'Horta. *Ceñida de un muro antiguo de mampostería con una mala ciudadela, no podía ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia, si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa.* (Toreno, C. de. 2008. Vol I. pág. 357).

Cualquier persona que conozca la ciudad de Valencia se habrá percatado de una característica evidente: que es llana como la palma de la mano. El único obstáculo natural es el cauce del Turia, que en 1808 cubría el arco septentrional de la ciudad. Las defensas a las que se refiere el Conde de Toreno era la antigua *encéinte* medieval, de la que, en la actualidad, sólo queda un vestigio testimonial: las Torres de Quart y de Serranos.

Paradójicamente, al par que se procedía a la leva y armamento de la población, no se emprendió obra alguna de defensa hasta que Moncey se encontraba a menos de dos jornadas de la ciudad. En ninguna de las fuentes consultadas, ni en el AHMV ni el AHN, figura referencia alguna a obras de fortificación de ningún tipo. Si se hubieran llevado a cabo, figuraría, sin lugar a dudas, alguna referencia en los libros del Cabildo Municipal, puesto que le hubiera correspondido autorizar y organizar a las agrupaciones corporativas, gremios y cofradías, para llevar a cabo semejante tarea. Es de suponer que el Ayuntamiento no recibió instrucciones de contribuir a la mejora de las fortificaciones urbanas, y que la Junta esperaba batir a los franceses de camino a la ciudad. O que, secretamente, les esperaban con los brazos abiertos.

Un enigmático pasaje del P. Rico menciona la interferencia del Capitán General quien "*desatendió la fortificación y seguridad de la Ciudadela*"²⁶, y las palabras del P. Colomer sugieren que esta desatención se podía hacer extensiva al conjunto de la ciudad: *Desde la mañana del 25 (de junio) se comenzó a pertrechar la ciudad del mejor modo posible*²⁷. Las murallas medievales, construidas en piedra, se edificaron mucho antes de la generalización de la pólvora, y hubieran ofrecido más peligro que seguridad si no se cubría la mampostería con terraplenes, aparte de que las torres que flanqueaban las distintas puertas de la ciudad, convertidas en baluartes, difícilmente podrían cubrirse mutuamente con su artillería. Tampoco era posible ubicar cañones en el lienzo, sino que tendrían que improvisarse plataformas de madera para montarlos. Todo esto hubo de hacerse con una inusitada premura y, hemos de añadir, con bastante poco acierto²⁸.

Puerta de Quarte: un cañón del 24 y uno del 4

Puerta de San Vicente: una batería (sin determinar)

Puerta de Ruzafa: tres cañones.

²⁶ Rico. Memorias... pág. 118

²⁷ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 87

²⁸ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 87 y ss. Véase también. AHN. Diversos Colecciones, 136 N.33.

Torre llamada de Santa Catalina²⁹: uno del 12 y dos del 8, más uno del 4 añadido la víspera.

Las puertas de San José, del Temple, de la Trinidad y de Serranos, que daban al margen del río, recibieron también una dotación de cañones. Exceptuando la de San José, estas baterías estaban mal situadas para hacer frente al ataque de Moncey, ya que el ataque se esperaba por el Este, y no por el Norte.

Una baza con la que contaron los defensores era que el terreno llano y sembrado de acequias de L'Horta podía ser inundado fácilmente cegando los drenajes de los campos y abriendo las palas de riego. Esto no podría detener a un asaltante resuelto, pero dificultaría sus movimientos y canalizaría los ataques alrededor de un tramo concreto de las murallas, entre la torre de Santa Catalina y la puerta de San Vicente³⁰.

Como se puede ver, las instalaciones defensivas dejaban mucho que desear, y durante el mes de gracia que concedieron los franceses no se hizo absolutamente nada por mejorar la situación. A esto corresponden dos motivos posibles: que la Junta dio por sentado que se batiría a los franceses en ruta, o que algunos de sus componentes estaban decididos a permitir que los franceses entraran en la ciudad sin que se les opusiera resistencia. Ambas visiones no son necesariamente contrarias: si el ejército de la Junta era batido en campaña, no tendría mucho sentido dejar que los franceses asediaran y tomaran por asalto la ciudad, lo que tendría consecuencias nefastas. No obstante, y puesto que la ciudad de Valencia actuaría como un imán para los franceses, hubiera sido posible fortificarla lo suficiente para que los franceses se rompieran los dientes en sus murallas, para caer después sobre ellos con el ejército regular. Contra todo pronóstico, esto sería exactamente lo que sucedería, pero la Junta de Valencia carecía de suficiente visión táctica como para elaborar planes tan ambiciosos.

²⁹ N. del A. No debe confundirse esta torre de Santa Catalina con el campanario de la iglesia homónima, que está situada frente a la puerta barroca de la Catedral.

³⁰ Véase Anexo II

3. EL LARGO CAMINO DESDE MADRID.

La fuerza de Moncey, que había salido de Madrid el 4 de junio, llegó a Cuenca el 11, donde los franceses *fueron recibidos con tibieza, mas no hostilmente* (Toreno, C. de. 2008. Vol I. pág. 355). En aquella villa el mariscal francés se demoró el tiempo suficiente para que tanto Murat como la Junta de Valencia quedasen hondamente consternados: el francés por la aparente pasividad de Moncey y los valencianos porque su ejército principal estaba situado en el lugar equivocado. El propio Napoleón ya había tomado cartas en el asunto, calificando la marcha de Moncey como *bien lente et bien ridicule*³¹, y Murat *decidió enviarle al General de Brigada Excelmans con instrucciones para que se apresurase* (Foy, M., 1829, pág.. 229). El mensajero fue apresado en Saelices por los insurgentes y llevado a Valencia.

Tanta impaciencia por parte de sus superiores no bastó para apremiar a Moncey, ya que su demora obedecía a la necesidad de obtener información sobre las disposiciones defensivas de los sublevados y sobre los movimientos de la división Chabran. Al no recibir noticias de este último, decidió concederle unos días de margen para que tuviera tiempo de acercarse a Castelló de la Plana. En todo caso, las tropas francesas eran demasiado inexpertas como para avanzar a marchas forzadas. *La atención de Moncey a la disciplina era la única cosa que demoraba su avance* (Foy, M., 1829, pág.. 230). Por otra parte, todos los indicios apuntaban a que, efectivamente, los franceses tendrían que abrirse paso combatiendo; *en Buenache, no pudieron encontrar al alcalde. Éste y los notables de la villa habían huido. En Motilla del Palancar, su siguiente parada, la despoblación fue todavía mayor. En Minglanilla no quedaba ni un solo habitante. Esta era la señal de que pronto habría combate* (Foy, M., 1829, pág.. 230).

Entre tanto, el flamante Conde de Cervellón y la Junta de Defensa debatían las medidas defensivas a adoptar ante la inminente expedición de castigo francesa. Como ya hemos visto, los franceses tenían tres posibles rutas de ataque: la ruta de Catalunya estaba cubierta por la División del General Salinas que se había despachado hacia Tortosa con la intención de incitar a los catalanes a la revuelta, el día 2 de junio. El principal ataque francés vendría, ciertamente, desde Madrid, y era previsible que tomara la ruta de Almansa, siguiendo el Camino Real. En consecuencia, Cervellón se dirigió a la villa castellana, de infame memoria para los valencianos, donde se congregaría un ejército de 15.000 hombres, llevándose consigo la práctica totalidad de las fuerzas regulares disponibles.

Sin embargo, la decisión de Cervellón de partir hacia Almansa es inexplicable si tenemos en cuenta que tuvo lugar el día 15 de junio³², cuando ya se conocía en Valencia que Moncey había llegado a Cuenca³³, indicio casi inequívoco de que el ataque vendría por Contreras. Es cierto que los regimientos procedentes de Murcia se habían reunido ya en Almansa el día 3 de junio. Lógicamente alarmada, la Junta solicitó que las fuerzas

³¹ Napoleón. Corr. No 14071 A Joachim, Duc de Berg. 7 de junio

³² AHN. Diversos-Colecciones, 74, N.36

³³ AHN. Diversos-Colecciones, 95, N.4 *Cartas remitidas a la Junta de Valencia desde Saelices, Moya y Minglanilla remitidas el día 11 y recibidas entre el 13 y el 14 de Junio*. La Junta era cumplida y puntualmente informada de los movimientos de Moncey, e incluso de sus posibles efectivos.

de Cervellón retrocedieran hacia Buñol deshaciendo lo andado. Esta serie de órdenes y contraórdenes tuvo como resultado *que la mayor y mejor parte de las fuerzas disponibles quedase dispersa en un frente irregular de más de 300 kilómetros de desarrollo, que iba desde Alarcón a Jorquera, Almansa, Alberique, Buñol, Requena y Utiel.* (Priego López, J., 1972, pág.. 87)

Aunque el grueso del ejército valenciano se "concentraba" en Almansa, el Reino no estaba totalmente desguarnecido. Cubriendo la ruta de Contreras, la Junta de Valencia había situado en el paso de las Cabrillas, cerca de Buñol, la división del Mariscal Pedro Adorno, compuesta por 8000 soldados, en su mayor parte *voluntarios armados, sin ninguna experiencia militar* (Genovés, V., 1967, pág.. 72), con la misión de bloquearla.

En resumidas cuentas, la Junta había dispersado inútilmente sus fuerzas, volviendo en su contra las ventajas que la geografía prestaba a la defensa del reino. El Mariscal Adorno, un hombre pusilánime y poco resuelto, empeoró todavía más su situación, como veremos. Ésta ya era bastante mala, puesto que los refuerzos más próximos, la división de Llamas, se hallaban a dos días de marcha.

La posición de las Cabrillas, entre Buñol y Requena, era bastante fácil de defender, pero Adorno se las arregló para echarlo todo a perder. *Extralimitándose de las instrucciones que había recibido, se trasladó a Requena con intención de ocupar la línea del Cabriel cuando ya era demasiado tarde* (Ardit, M., 1977. Pág. 140). Efectivamente, no había forma humana de que Adorno consiguiera reunir sus tropas, dispersas entre Lliria y Requena, en la ribera del Cabriel a tiempo para plantar cara a Moncey. El pasaje de este río podía efectuarse en tres puntos: Contreras, el Puente de Pajazo y Vadocañas. Era necesario cubrir estos tres cruces y Adorno, sencillamente, no podría concentrar a tiempo tropas suficientes para hacerlo.

3.1. El encuentro del Puente de Pajazo.

Definir como "batalla" el encontronazo de la vanguardia francesa con los mal dirigidos voluntarios valencianos sería hacer demasiado honor a estos últimos. El Puente de Pajazo, un cruce estratégico cuyos orígenes se pueden rastrear hasta la Edad Media, es donde remata la cuesta de Contreras, y, como ya hemos visto, se trataba de uno de los tres puntos de cruce más probables para un enemigo que intentase atravesar el río Cabriel en dirección a Valencia, y el más septentrional. En la actualidad, el puente Pajazo está sumergido bajo el embalse de Contreras. Unos 1200 metros río abajo, se encontraba el Puente de Contreras, donde hoy se ubica la presa, y a doce kilómetros al sur se hallaba el punto de Vadocañas.

Con toda seguridad, los franceses, acantonados en Minglanilla, efectuarían el cruce por el Pajazo o por Contreras, en un punto donde el río discurría entre dos márgenes escarpadas. Fuera como fuera, Adorno no tendría que haber situado su cuartel en Requena, como hizo el día 15, sino en Caudete, si es que realmente esperaba obstaculizar el cruce. Según Colomer, *al puente de Pajazo destinó 3.500 hombres: a las Contreras 300 tiradores diestros, mandando cortar un puente que había de madera; y todo el resto de las tropas, que estaban repartidas por varias partes, las mandó situar en Vadocañas*³⁴. Es decir, Adorno había situado el núcleo de sus tropas a doce kilómetros de distancia del sitio donde se iba a disputar el cruce, mientras que él mismo se acuartelaba a casi treinta kilómetros del frente. Para más inri, no dio orden a la escasa artillería de que disponía de tomar posiciones hasta el mismo día 20.

Moncey no era hombre que fuese a desaprovechar una buena oportunidad. El día 21, los franceses iniciaron el asalto por el puente de Pajazo, al norte del cual existía un vado. Sus tropas formaron en dos columnas y atacaron simultáneamente el puente y el vado. Los españoles, que a duras penas habían conseguido posicionar sus cuatro cañones en una mala batería, fueron batidos por la artillería francesa situada al otro lado del río. El vado cedió en primer lugar, dejando desprotegido el flanco derecho de la defensa, y obligando al resto de tropas a batirse en retirada. En ese momento, intervino decisivamente la caballería francesa, y la que hubiera debido ser una retirada ordenada, puesto que el grueso francés estaba ocupado cruzando el río, se transformó en una verdadera desbandada.

Los primeros en esfumarse fueron los voluntarios de Requena y Lliria, recién reclutados, y al punto les siguieron los regulares de la Guardia y el regimiento suizo de Traxler. La artillería española, posicionada tarde y mal, fue neutralizada a las primeras de cambio y los artilleros, tras una vana tentativa de salvar los cañones, los abandonaron y salieron corriendo.

Entre tanto, Adorno había intentado marchar desde Vadocañas hacia Pajazo, con tan mala fortuna que tropezó con los fugitivos que intentaban huir en dirección a Caudete. Renunciando a cualquier intento de reagruparse y de contraatacar a los franceses, se retiró sin trabar combate... ¡y en la dirección equivocada!

³⁴ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 64

El propio Adorno sería, dos años más tarde, procesado y declarado culpable por su incompetencia. Aunque Moncey le superaba en número y calidad de tropas, la defensa del Puente de Pajazo ofrecía buenas posibilidades. Sin embargo, el error que le costaría el cargo fue que, en lugar de replegarse en dirección a Valencia para retomar la defensa de Las Cabrillas, se dirigió hacia Jorquera, donde se encontraba la división de Llamas. El mariscal intentaría justificarse aduciendo su mala salud y la deficiente preparación de la tropa. Eso quizá le absuelva por la pérdida del puente, pero su retirada hacia Jorquera dejaba a Moncey el camino expedito hacia Valencia. Tuvo suerte de que su condena se redujera a quedar privado de su rango. Todos los historiadores militares, desde Arceche a Oman, se llevan las manos a la cabeza ante la inconmensurable insensatez de Adorno.

Los franceses, por su parte, no sufrieron bajas dignas de mención (acaso un centenar), mientras que, a efectos prácticos, la División de Adorno había dejado de existir. Es cierto que los españoles sufrieron pocas pérdidas, pero que el grueso de sus tropas se dirigiera hacia Jorquera era, a todos los efectos, equivalente a quedar neutralizadas. Sólo un puñado de supervivientes que habían quedado separados de sus unidades se replegó hacia la siguiente posición de defensa, en las Cabrillas.

3.2 Acción de las Cabrillas.

La ignominiosa retirada de Adorno había dejado al descubierto la ruta que Moncey debía seguir hasta la capital. La operación de cruzar el río y reorganizar la marcha ocupó a los franceses durante una jornada entera, mientras la Junta de Valencia reflexionaba sobre qué se podría hacer al respecto. *Grande fue la consternación y el espanto. En tamaño apuro, envió al ejército en comisión a su vocal el Padre Rico, o ya quisiesen vengarse así algunos del estrecho en que los había metido, o ya también porque, gozando de suma popularidad, pensaron otros que era el modo más propicio de calmar la pública agitación y alejar la desconfianza.* (Toreno, C. de, 2008, pág. 356).

El día 23 de mayo por la noche, Rico llegaba a las Cabrillas, apenas unas horas después de recibir su comisión. El intrépido franciscano, *a fighting priest of undoubted courage and capacity* (Oman, C., 1902, pág. 135), carecía de cualquier tipo de formación táctica y, de todos modos, las tropas disponibles apenas incluían *200 regulares, 3000 paisanos sin instrucción y tres cañones*³⁵. Los regulares eran los escasos supervivientes de los suizos de Traxler y los Guardias Reales que habían escapado del Puente de Pajazo.

Las posiciones que ocupaban no satisfarán a Rico ni al brigadier Marimón, comandante sobre el terreno. Tras conferenciar durante la noche, a la mañana del 24 se enviaron avanzadillas hacia Siete Aguas para buscar una posición defensiva mejor. Ya era demasiado tarde: los franceses se les echaban encima. A las 3 de la tarde se trabó combate, estando los regulares defendiendo el Portillo de Buñol, en el centro de la posición española, mientras que los paisanos, encuadrados en los regimientos de Liria y de Fernando VII, ocupaban las montañas que flanqueaban el paso. El Brigadier Marimón detentaba el mando militar, mientras Rico recorría las posiciones exhortando a las tropas *con toda la eficacia de su zelo*.

Moncey había partido de Utiel el día 23, y a mediodía del 24 se hallaba en Venta Quemada. Atacar el Portillo de frente no era demasiado sensato, y decidió presionar simultáneamente en ambos flancos, haciendo que su infantería y caballería acosaran a los indisciplinados defensores de roca en roca. *En el flanco izquierdo, destacó varias compañías escogidas, puestas bajo las órdenes de su jefe de Estado Mayor, el Brigadier Harispe, para hacer huir a los tiradores valencianos* (Foy, M. 1829, pág. 235). Mientras tanto, su artillería machacaba el centro español con un bombardeo incesante. Colomer nos ha dejado un relato escalofriante de la refriega: tras una breve resistencia, los reclutas bisoños y los soldados que guarnecían las alas del despliegue español se dieron a la fuga, mientras que el centro se sostuvo *con denuedo, hasta que tomados los cañones por el enemigo, incendiadas las municiones de una batería y desamparados de la fusilería, perdieron todo vislumbre de esperanza, pero sin embargo no les flaquea el esfuerzo (...). Los enemigos nos entraron por la retaguardia, y mataron a quienes quisieron; los demás quedaron prisioneros*³⁶.

³⁵ Martínez Colomer. Sucesos... pág. . 65. Las cifras coinciden exactamente con el *Manifiesto* que la Junta hizo en favor del Padre Rico y se conserva en AHN, Estado, 83,N

³⁶ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 67

En un arrebato de bravuconería, Moncey afirmaría que, con 7000 hombres, *hubiera defendido las Cabrillas contra todas las tropas del Emperador* (Oman, C. 1902. pág. 135). Aun así, los defensores se batieron mejor de lo que se esperaba, dadas las circunstancias, y esta vez se replegaron en la dirección correcta. El Padre Rico logró escapar a pesar de haber perdido su montura.

El epílogo de esta batalla fue el saqueo, la noche del 24 de junio, de Buñol, pueblo que los franceses pasaron a sangre y fuego. Con toda seguridad, ello se debió a que no esperaban encontrar una resistencia tan obstinada (la Junta estima que la lucha se prolongó durante una hora y media, lo que no está mal para unos reclutas bisoños), y también a que, posiblemente, fuera en Buñol donde recibieron las primeras noticias de la matanza de franceses en Valencia. Colomer³⁷ afirma que varios refugiados franceses se escondían en Buñol, y si mi suposición es cierta, explicaría por qué las tropas de Moncey se despacharon a conciencia con los habitantes del pueblo y sus propiedades. Hasta entonces, Moncey había hecho gala de una considerable moderación, e incluso en aquel momento intentó evitar los peores desmanes.

El resultado de la Acción de las Cabrillas no deja lugar a dudas, pero esta vez también los franceses quedaron desorganizados. Tardarían dos días en reponerse y reemprender la marcha, dando tiempo a los fugitivos españoles, incluyendo a Rico, de regresar a la capital para dar aviso. Dos días de febril actividad, dos días en los que la ciudad de Valencia despertó de su complacencia y pudo mejorar sus defensas. Si el mariscal *hubiese seguido su marcha, fácilmente se hubiera enseñoreado de la ciudad (...), pero dio tiempo a que Rico apellidase guerra dentro de sus muros.* (Toreno, C. de., 2008, pág. 357).

³⁷ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 69

3.3. Combate de San Onofre.

Mientras Moncey se demoraba en Buñol, el infatigable Padre Rico regresaba a Valencia, la medianoche del 24 de junio, con las nuevas de la derrota en las Cabrillas. Cundió el desánimo, ya que no quedaba apenas en la ciudad ninguna unidad regular. La Junta decidió desplegar las escasas tropas disponibles a unos siete kilómetros de la ciudad, cubriendo un arco de unos cuatro kilómetros de arco desde la ribera del Turia, en Manises, hasta la villa de Aldaia, siguiendo el trazado de la acequia de Quart. El centro se hallaba ubicado junto a la Ermita de San Onofre.

La defensa estaba compuesta por las siguientes unidades: *los regimientos 2º de Saboya, Segorbe, Cazadores de Valencia y provinciales de Murcia y Soria, partidas sueltas de regimientos de América, Suizos, Guardias, 150 Caballos de Numancia y Maestranza y tres piezas de artillería*³⁸. Esta información proviene del entonces Teniente Coronel José Miranda, segundo al mando del cuerpo del Brigadier José Caro. En el ala derecha se encontraban los provinciales de Soria, el Rgto. de Saboya y un destacamento del Regimiento de América, dirigidos por Felipe Saint-Marc. El centro, a las órdenes del propio Miranda, incluía los Cazadores de Valencia y los supervivientes y rezagados de los regimientos de Suizos y de Guardias, que habían sido batidos ya en dos ocasiones y llevaban prácticamente una semana entera en acción. La izquierda, a las órdenes de Marimon, incorporaba los regimientos de Murcia y de Segorbe. En total, 8.000 hombres, de los cuales apenas un millar podían considerarse "veteranos" (los batallones provinciales).

En todo caso, se trataba de una formación de lo más heterogéneo, un *gran pelotón de gente tumultuada*³⁹. Aparte los provinciales, la única unidad que tenía cierto adiestramiento era el Regimiento de Cazadores, mientras que el resto estaba integrado por tropas regimentadas en la última semana. Algunos millares de paisanos irregulares aparecían esporádicamente en la formación: tan pronto salían corriendo como, arrepentidos, volvían a sus posiciones, *por no sujetarse al buen orden que se procuraba establecer*⁴⁰.

Ni siquiera existía unidad de mando: Martínez Colomer, siempre propenso a limar asperezas, afirma que Saint-Marc y Caro se llevaban a la perfección, siendo Saint-Marc el oficial en jefe. Pero los reclutas, que en su mayoría desconfiaban de Saint-Marc, preferían prestar su adhesión a Caro, y este actuaría, *velis nolis*, como comandante supremo. La popularidad de Caro, hermano del Marqués de la Romana, se había visto muy acrecentada por su oportuna llegada a Valencia, al frente de su regimiento, el día 25 de junio. En un extraño alarde de iniciativa, habiendo recibido órdenes de Cervellón el día 23 de dirigirse hacia las Cabrillas a reforzar la posición, había desplazado velozmente su regimiento desde su campamento en Moixent en dirección a Buñol.

³⁸ AHN. Diversos-Colecciones ,74, N.36. Los escritos de José Miranda son bastante precisos en cuanto a la descripción de las tropas en presencia y sus disposiciones. Sin embargo, tiende a confundir las fechas, posiblemente porque el documento fue escrito en 1819, cuando el autor detentaba la comandancia militar en Ceuta.

³⁹ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 81

⁴⁰ Martínez Colomer. Sucesos... pág. 82

Llegado a Llombai el 24, recibió la noticia de la derrota en las Cabrillas. Con muy buen tino, Caro decidió que era más sensato olvidarse de las órdenes recibidas y dirigirse hacia Valencia para ayudar a la defensa.

Tras emitir dos demandas de rendición a la ciudad, Moncey había abandonado su campamento en Buñol y se dirigía, sin prisa pero sin pausa, hacia la capital. El 26 tomaba posición en la Venta de Poyo, y tras ser rechazadas sus demandas por la Junta, el día 27 se trabaría combate en la línea de San Onofre.

Intentaré no aburrir al lector con un relato pormenorizado de la batalla. Moncey repitió la táctica que tan buenos resultados le había dado en los dos combates anteriores: atacó con la caballería y la infantería los flancos de la defensa española, mientras dejaba clavado al centro con un *acoso incesante de la artillería* (Priego López, J. 1972, pág. 93). Sin embargo, en esta ocasión los defensores pudieron mantener sus posiciones durante dos horas, y luego se replegaron en relativo buen orden: las tropas de Miranda se replegaron hacia Paterna, ocupando una posición elevada que flanqueaba a los franceses. Por su parte, Saint March y sus tropas huyeron hacia la capital, mientras que Caro y Marimon escapaban hacia Llombai, esperando reunirse con Cervellón.

Las bajas valencianas ascendieron a unos 800 muertos y heridos⁴¹, siendo bastante menor el número de bajas francesas. Pero, visto lo visto, Moncey tenía razones para sentirse preocupado: había derrotado decisivamente en tres ocasiones a los españoles, poniéndolos en fuga y sufriendo pocas pérdidas. Pero parecía no importar cuántos ejércitos destruyera: siempre aparecían más. En apenas una semana, sus tropas habían librado tres batallas consecutivas, las dos primeras en territorios muy escarpados, y la Junta de Valencia no daba señales de flaquear. Una última intimación a la ciudad fue rechazada, y Moncey se encontraba con su desgastado ejército ante los muros de una ciudad densamente poblada y que le desafiaba con arrogancia. ¿Qué clase de misión policial era aquella?

⁴¹ AHN. Diversos-Colecciones ,74, N.36.

3.4 ¿Dónde está Cervellón?

Hemos visto que en ningún momento ha aparecido el generalísimo del reino dirigiendo sus fuerzas contra el invasor. Lo que es más, sus subordinados, con la excepción de Caro y, quizá, de González Llamas, se habían desempeñado con tan escaso acierto que, *ante tal acumulación de errores y de operaciones inexplicables, no era de extrañar que cundiera la sospecha de que las autoridades habían querido entregar el reino a Moncey* (Ardit, M. 1977, pág. 140). Lo más preocupante es que estas sospechas no eran del todo infundadas.

Las autoridades de la Junta, como se vería después, no actuaron con la unidad de criterio que el Padre Colomer nos relató en sus *Sucesos*. Durante los meses posteriores a la retirada de los franceses, se sucederían declaraciones y acusaciones contra muchos de sus miembros: el Intendente General, Javier de Aspiroz; el Capitán General, Conde de la Conquista⁴²... fueron puestos en la picota. Su actuación nunca estuvo del todo clara, y hubo momentos en los que se mostraron excesivamente inclinados a la capitulación, especialmente después del combate de San Onofre, ante la última y apremiante amenaza de Moncey.

Volvemos a donde estábamos al principio. Las autoridades pertenecían al estamento nobiliario, y deseaban conservar a toda costa sus privilegios. Si oponerse a Napoleón podía acarrear la pérdida de su poder y sus riquezas, es comprensible que no lo hicieran de buen grado. No obstante, de ahí a conspirar con los franceses en contra del pueblo común se va un largo trecho. Es lógico que las fuentes conservadas no puedan probar a ciencia cierta su traición. Aun así, la acumulación de pruebas circunstanciales es demasiado evidente como para descartar esta hipótesis.

Cervellón, entre tanto, se había desplazado desde Almansa hacia Alzira con toda tranquilidad. Si el día 23 de junio había tenido noticias de la derrota de Pajazo y remitido órdenes a Caro para dirigirse a Buñol, la decisión acertada hubiera sido acudir con toda presteza a en auxilio de la capital, donde hubiera podido llegar el 26 o el 27, incluso el 28 de junio. Contra toda lógica, se limitó a tomar posiciones en Alcira y esperar acontecimientos.

Las razón que aduce Toreno para explicar la ineptitud de Cervellón es muy insuficiente: renuencia a enfrentarse a los franceses con un ejército poco fiable, *prudencia quizá laudable pero amargamente censurada en aquellos tiempos* (Toreno, C. de., 2008. pág. 362). Oman y Esdaile se limitan a citar la ineptitud de Cervellón. ¿Tenía alguna razón lógica para permanecer cruzado de brazos en Alzira?

Si hemos de atender a los hechos, lo cierto es que el 23 de junio, cuando los franceses ya habían rebasado el Cabriel y se aproximaban a las Cabrillas, las fuerzas de Cervellón estaban dispersas a lo largo y ancho del reino, debido también a su escasa pericia. Por otra parte, el mismo Cervellón debía sufrir el mismo complejo de inferioridad de que habían hecho gala otros miembros de la Junta durante los primeros días de la

⁴² AHN. Estado. 83.N y Estado 42 A

insurrección. ¿Qué podían hacer los soldados españoles, indisciplinados y mal armados, frente a un enemigo casi invencible como los franceses? Miedo, tibieza, incompetencia y una crónica incapacidad de tomar decisiones independientes eran el legado del absolutismo borbónico.

Todas las medidas adoptadas por la Junta habían quedado en papel mojado. El Ejército, apresuradamente reclutado, y equipado con un gasto y esfuerzo tremendos, había desaparecido de la ecuación, Valencia había quedado totalmente desguarnecida. El pueblo valenciano había querido rebelarse contra Napoleón: el que fuese el propio pueblo quien terminase luchando por sus vidas no deja de tener cierta justicia poética.

La única nota positiva la daría el general González Llamas, quien había avanzado hacia Las Atalayuelas (al norte de Alarcón) por razones que no están del todo claras: posiblemente con la *intención de amenazar el flanco y la retaguardia del enemigo cuando atravesase el Cabriel* (Priego López, J., 1972, pág. 86). Apremiado por la Junta tras el descalabro de las Cabrillas, tomó la ruta de Requena, la misma que había seguido Moncey, y, el día 28, se apostaba en el citado desfiladero, a espaldas de los franceses. Su división, reforzada con los restos de las fuerzas del Mariscal de Campo Adorno, ascendería a unos 8000 hombres.

4. EL ENEMIGO A LAS PUERTAS.

La misión de Moncey era bastante clara: acudir a Valencia y terminar con los tumultos, sometiendo nuevamente la ciudad a los dictados de Madrid. Había recorrido unos cuatrocientos kilómetros desde la capital, en lo que se suponía iba a ser un paseo militar. Para su disgusto, durante el camino había topado con una resistencia que se hacía más y más fuerte conforme se acercaba a la ciudad del Turia. Hasta entonces, debió suponer que la ciudad le recibiría, si no con los brazos abiertos, al menos sin hostilidad. Posiblemente Murat y Napoleón estaban seguros de que las autoridades valencianas estaban tan deseosas de poner fin a la revuelta como ellos mismos. No se entiende, si no, los escasos efectivos que se le habían asignado a Moncey para cumplir su misión.

La noche del 27, las tropas de Moncey vivaqueaban en Quart de Poblet. Si la ciudad de Valencia no se rendía al día siguiente, no habría más remedio que intentar asaltarla, esperando que los defensores se desmoralizaran al primer embate. En todo caso, Moncey se encontraba en lo que la teoría de juegos denomina "no-win situation", un escenario en el que todas las alternativas conducen a la derrota.

4.1 Oferta final de rendición y preparativos para el combate.

Ya hemos visto que las defensas de Valencia no eran, precisamente, formidables. No había guarnición alguna, salvo los restos de las unidades que habían logrado escapar de San Onofre y algunos destacamentos de Maestranza y reclutas sin adiestrar que todavía no habían sido adscritos a ningún regimiento. Si bien los combates de las Cabrillas y de San Onofre habían ayudado a ganar dos o a lo sumo tres días para mejorar las defensas, Valencia no estaba en condiciones de resistir un asedio prolongado. En total, los defensores eran una abigarrada muchedumbre de unos 20.000 paisanos, sazonados con 8000 soldados, apoyados por la artillería que hemos descrito anteriormente, y que era su mejor baza si esperaban rechazar a Moncey.

Sin embargo, los franceses tampoco estaban en situación de someter la ciudad a un asedio en toda regla. Moncey, que no había perdido la esperanza de reunirse en Valencia con la división Chabran, se encontró con que éste no sólo no había comparecido a la cita, sino que ni siquiera había logrado cruzar el Ebro. Si la ciudad no se rendía inmediatamente, quedaría atrapado entre tres fuegos: la propia guarnición frente a él, la división de Llamas a su retaguardia y el grueso del ejército con Cervellón en su flanco meridional.

A las 8 de la mañana, *se observó una gran polvareda en el camino que hay desde Quart a Mislata, e inmediatamente se vio desfilar a la tropa enemiga*⁴³. Moncey, tras reconocer el perímetro, no tardó en darse cuenta de que sólo podría atacar la ciudad por el oeste y el sur-oeste, y empezó a formar sus tropas en dos columnas: una se dispuso a asaltar la puerta de Quart, y otra la puerta de San José.

Entre tanto, la última oferta de rendición, emitida la misma mañana 28 de junio, mostraba la exasperación de Moncey: un tal coronel Solano, apresado en combates anteriores, fue el encargado de transmitir el mensaje, en el que el francés amenazaba con pasar a sangre y fuego la ciudad. Ya entonces cundía la consternación entre los miembros de la Junta: *Y bien, Padre Rico, ¿ha visto Vd. en qué ha parado toda la gresca que Vd. ha movido en Valencia y en todo el Reino? Moncey entrará a las diez, dice que quiere desayunarse con Vd.*⁴⁴, le había espetado el Conde de la Conquista al padre Rico.

La decisión de capitular no podía ser tomada sino por la Junta al completo. Reunidos todos sus vocales, procedieron a sondear el estado de ánimo del pueblo, convocando a los electos de las parroquias para que transmitieran la opinión de sus feligreses. La respuesta era unánime: *"Guerra, Guerra"*. No contentos con ello, los vocales de la Junta decidieron marchar en cortejo *a las puertas de la ciudad, y no bien hubo comenzado a manifestar al pueblo la intimación de Moncey, quando no se oyeron más que estas voces: Guerra, Guerra: Vencer o Morir*⁴⁵. El Marqués de Cruillas, por su parte, afirma

⁴³ Colomer: Sucesos. Pag. 91

⁴⁴ Rico, J.; *Memorias...* Citado en: Genovés Amorós, V. 1967, pág. 84

⁴⁵ Colomer: Sucesos... pág. 93

que el pueblo en masa acudió a la Junta *diciendo que no querían rendirse, y sí defenderse.*⁴⁶

En vista de tanto entusiasmo se emitió a Moncey la siguiente respuesta: "*Excmo. Señor, el Pueblo prefiere la muerte en su defensa a todo acomodamiento. Así lo ha hecho entender a la Junta y esta lo traslada a V.E para su gobierno. Dios guarde a V.E. muchos años. Valencia 28 de junio de 1808*"⁴⁷. Los elementos más timoratos de la Junta no tuvieron más remedio que guardar silencio y dejar obrar a los más exaltados.

Mientras enviaba su última intimación a la ciudad, Moncey no permanecía ocioso. Posicionaba sus baterías y, quizá, reflexionaba sobre *la débil resistencia que le habían ofrecido en el Cabriel y las Cabrillas, razonando que los valencianos no se mantendrían firmes* (Oman, C.; 1902, pág. 136). La decisión de Moncey asaltar la ciudad ha sido muy censurada: "*On ne prend pas par le collet une ville de quatre-ving mille âmes*"⁴⁸, afirmaría el propio Napoleón. Aunque las murallas de la ciudad eran apenas testimoniales, suponían un formidable obstáculo para un enemigo que carecía de artillería de sitio. La artillería francesa disponible, piezas de campaña, sólo podría contribuir marginalmente al asalto: lo más que podía hacer era disparar contra las defensas para intentar amedrentar a los defensores y arrojar granadas de obús sobre los tejados.

El ataque sería tarea de la infantería francesa que, hasta ahora, parecía haberse desenvuelto bastante bien para tratarse, como decíamos, de tropas "provisionales". La marcha desde Cuenca y los sucesivos combates habían servido para hacer que los reclutas franceses adquirieran experiencia y confianza en sí mismos. Mientras formaban en columna para asaltar las murallas, pudieron ver que éstas *estaban coronadas de Comerciantes, Abogados, Escribanos, Hacendados, y otros vecinos de probidad y honor (...), casi todo el pueblo concurrió a defenderlas, resuelto a perder la vida en sacrificio*⁴⁹.

⁴⁶ AHN Diversos-Colecciones, 136, N.36

⁴⁷ BHUV. Sig. Var. 119(24)

⁴⁸ Napoleón: Corr.... No. 14192: A Savary, 13 de Julio.

⁴⁹ Colomer: Sucesos... pág. 94

4.2. El asalto.

La artillería francesa, ubicada en el arrabal de Quart, y protegida por el convento de San Sebastián, rompió el fuego a las 12 de la mañana contra la puerta de Quart y la batería de Santa Catalina. La infantería atacó simultáneamente las puertas de Quart y de San José, esperando dividir el fuego de los defensores. Los franceses hicieron cuanto pudieron: sin arredrarse por las numerosas bajas causadas por la fusilería y la artillería enemigas, *los reclutas mostraron gran audacia, llegaron al pie de las defensas y empezaron a demoler a mano las barricadas* (Oman, C. 1902, pág. 136). Los ataques, empero, no estuvieron bien coordinados, sino que fueron una serie de arremetidas sucesivas contra distintos puntos, que permitían a los defensores concentrar su fuego a voluntad.

Era obvio que la artillería francesa, refugiada tras los edificios del arrabal, no estaba ayudando en nada, disparando casi en desenfilada. Moncey resolvió avanzar sus cañones para intentar demoler las defensas con fuego directo. Como era de esperar, la artillería de plaza española, bien situada en la batería de Santa Catalina, en una posición elevada, silenció rápidamente a sus rivales.

El asalto degeneró rápidamente en una verdadera carnicería: los franceses que asaltaban la puerta de Quart eran repetidamente machacados por el cañón del 24 allí apostado que, disparando a metralla, *hacía siempre unos claros considerables entre sus columnas, que se rehicieron tres veces para atacarla*⁵⁰. Los atacantes mostraron una gran gallardía, y una no menos grande estupidez. Desde el coronamiento de la muralla, las torres, e incluso los tejados adyacentes, se les disparaba con fusilería, mientras que desde Santa Catalina la artillería española machacaba a su homóloga francesa y disparaba de costado a las columnas francesas. En vista de tanto esfuerzo inútil, Moncey no tuvo más remedio que poner fin a sus ataques en aquel punto. Incluso los soldados de Miranda, que el día anterior se habían replegado a la orilla norte del Turia, habían hecho acto de presencia, amenazando con desbordar el flanco norte de los atacantes⁵¹.

A las cinco de la tarde, Moncey intentó asaltar la antigua puerta de Santa Lucía, ahora tapiada, que se consideraba el punto más débil de la defensa. Fue rechazado, si cabe, con mayores pérdidas. Mientras los franceses se batían en retirada, los defensores, enardecidos, salieron por las poternas de las murallas y abrieron un terrible fuego cruzado. La partida había terminado. Moncey, *viendo que ya iba a oscurecer el día, sin haber obtenido adelanto alguno, se retiró*⁵².

⁵⁰ Colomer. Sucesos. P. 98

⁵¹ AHN. Diversos-Colecciones, 74, N.36

⁵² AHN. Diversos-Colecciones, 136, N.36

4.3 ¿Por qué fracasó Moncey?

Se ha querido ver, en la defensa de Valencia, un triunfo definitivo del fervor patriótico y del coraje de los valencianos. *La resistencia de Valencia, aunque de corta duración, tuvo visos de maravillosa* (Toreno, C.de; 2008, pág. 361). Es cierto que fue una victoria del pueblo, incluso *tanto mujeres como niños hicieron el servicio de acudir a los puntos más expuestos de las defensas para llevar municiones y asistir a los heridos*⁵³. Y no se puede poner en duda que *sin tener más que unos oficiales subalternos que guiaban el entusiasmo de los paisanos, pudo Valencia resistir un ejército acostumbrado a la victoria por todos los rincones de Europa* (Genovés Amorós, V. 1967. Pág. 91).

Todo eso es cierto. Pero una cosa es rechazar a un asaltante y otra es aniquilarlo. Moncey había sufrido unas 2000 bajas en el asalto, incluyendo 800 heridos. Las pérdidas de los defensores no se han calculado⁵⁴. En definitiva:

*Quiso a Valencia Moncey
conquistar sin resistencia
pero el francés se quedó
a la luna de Valencia.*

Pero esto no nos explica el porqué de la derrota. Moncey cometió algunos errores imperdonables: posicionó mal su artillería y subestimó la moral de los defensores. Estos sabían muy bien que, después de la matanza de los residentes franceses, no podían esperar cuartel (en todo caso, no lo merecían). Por otra parte, Moncey no tuvo, desde el principio, ninguna posibilidad de conquistar la ciudad si la propia Junta no se amilanaba y cedía ante el pánico. Todo apunta a que, finalmente, los miembros más pusilánimes del gobierno valenciano acabaron por temer más a los propios valencianos que a los franceses.

Moncey hubiera debido levantar el campo y abstenerse de atacar Valencia. Es nuestra opinión que intentó el asalto, simplemente, porque tenía que intentarlo. Habiendo recorrido medio país para llegar hasta Valencia, Moncey no podía retirarse sin, al menos, tantear las defensas. Hubiera sido tachado de remiso: tenía que pagar un tributo de sangre, y lo pagó. Su posición como Mariscal del Imperio así lo exigía.

Por otra parte, es casi seguro que Moncey contaba con la pronta llegada de la división Chabran, y no fue sino hasta el día posterior al ataque cuando se convenció de que estaba solo. Lo más absurdo es que, después de fracasar el primer asalto en el tramo de las murallas que iba desde las puerta de San José hasta la de Quart, todavía intentase un segundo ataque frontal. Sin artillería de asedio y sin refuerzos para vigilar su retaguardia frente a la amenaza de los ejércitos de Cervellón y Llamas, la única alternativa lógica era replegarse.

⁵³ AHN Diversos-Colecciones, 136, N.36

⁵⁴ La Gazeta de Valencia del 1 de julio habla de *4 ó 6 muertos y algunos heridos*, lo que es verdaderamente ridículo.

Hemos de matizar también que sus tropas, si bien actuaron valerosamente, estuvieron muy poco acertadas. El combate a campo abierto es una cosa: asaltar una ciudad es algo muy distinto. Por otra parte, la superior caballería francesa, tan decisiva en los anteriores combates, era completamente inútil para asaltar fortificaciones. El asalto a Valencia, como diría Napoleón, era *une affaire d'artillerie, et non une affaire d'hommes*⁵⁵.

A pesar de todo, lo repetimos, los franceses habían sido vencidos, pero no destruidos. El éxito de los defensores de la ciudad no era completo y, por sí solos, no tenían los medios para explotar la victoria. El ejército de Moncey, desmoralizado, fatigado tras una semana de duros combates, obstaculizado por los numerosos heridos y con la artillería en pésimas condiciones, todavía podía, y debía, ser rematado.

⁵⁵ Napoleón, *Corr.* No. 14192. Carta al General Savary, 13 de Julio de 1808.

5. LA RETIRADA DE MONCEY.

Al amanecer del 29 de junio, el vigía que la Junta había apostado en el Miguelete, observó cómo los franceses levantaban el campo y avanzaban hacia Torrent: *A las cinco de la madrugada formó su primera columna y comenzó la retirada con parte de la artillería; a las seis partió la segunda, tras de ella iban muchos equipages, carros de municiones y de heridos*⁵⁶. Moncey desistía de un nuevo asalto a la ciudad: su nueva misión sería poner sus tropas a buen recaudo. ¿Cuál era el mejor camino para la retirada?

Escapar hacia el Norte no tenía mucho sentido; aunque no parecía haber tropas españolas en aquella dirección, el camino hacia Catalunya era largo y estaba plagado de peligros. Por otra parte, la base de operaciones de Moncey estaba en Madrid. Deshacer el camino andado por la carretera de Cuenca era una mala opción: como sabemos, la división de Llamas, que había tomado posiciones en Chiva, podría poner en serios apuros a los franceses. Por otra parte, tomando el Camino Real hacia Almansa, Moncey era consciente de la posibilidad de *que el ejército de Cervellón al completo le bloquease el camino, de modo que tendría que trabar combate para apartarlo: una batalla en llano sería menos peligrosa que una batalla en las Cabrillas o en el puente del Cabriel* (Oman, C. 1902. pág. 137).

La elección de Moncey era plenamente acertada: sólo tendría que moverse con celeridad. Hasta el momento, sus tropas habían vencido, invariablemente, a cualquiera que les plantase cara a campo abierto aunque, todo sea dicho, en todos los combates librados se había enfrentado a fuerzas inexpertas y mal dirigidas. El cuerpo de Cervellón tenía, como mínimo, unos cinco mil hombres bien adiestrados, mientras que las fuerzas francesas, ya bastante mermadas y que debían transportar unos ochocientos heridos, apenas sumaban seis mil hombres en condiciones de combatir.

Cervellón, que había permanecido a la expectativa en Alzira y alrededores, no intentaría disputar el paso del Júcar, a pesar de los consejos de todos sus generales. Por si fuera poco, el general Llamas, desobedeciendo a la Junta, nuevamente puso su división en movimiento para hostigar a los franceses, con lo que pronto se reuniría con Cervellón cerca de Alzira. Era el momento ideal para, actuando coordinadamente, coger a Moncey entre dos fuegos, con fuerzas que prácticamente le duplicaban en número.

La timidez de Cervellón era tal, que *se limitó a inutilizar el puente de Alcira y enviar al vado de Antella algunas fuerzas bajo el mando del general Roca para que estorbaran a los franceses* (Priego López, J., 1972, pág. 87). El día 1 de julio llegaban los franceses a Antella donde, tras una breve escaramuza que puso a los españoles en fuga, cruzaron tranquilamente el Júcar y se dirigieron hacia el puerto de Almansa. El día 6, sin encontrar más obstáculo que los ataques de algunas partidas de campesinos demasiado entusiastas, fácilmente rechazados, el ejército de Moncey tomaba posiciones en Albacete.

⁵⁶ Martínez Colomer, V. *Sucesos...* pág. 104.

A enemigo que huye, puente de plata, reza el proverbio. Como refrán, puede que tenga algún sentido, pero como táctica militar es bastante pobre. Comparativamente, Moncey se había visto en mayor apuro, si cabe, que su colega Dupont en Bailén. Moncey no contaba con una división de reserva, como era el caso de Dupont, y, aunque maniobró con acierto, los dados estaban cargados en su contra. En buena lógica, Llamas y Cervellón deberían haberle aplastado. La columna de Moncey avanzaba penosamente, a causa de los heridos: era una presa relativamente fácil.

El propio Moncey podía sentirse afortunado y el mismo lo reconocía: *después de haber estado a pique de perderlo todo, nos encontrábamos con nuestros heridos en una provincia segura y cubriendo el camino de Madrid*⁵⁷. En el transcurso de una campaña que había durado un mes, sus fuerzas habían sufrido, aproximadamente, mil doscientos muertos y ochocientos heridos, casi una cuarta parte de los efectivos totales. Parte de la artillería había quedado en el camino, y los supervivientes, después de quince días en acción, debieron presentar un espectáculo lamentable. Pero lo que de verdad importaba, era que el mariscal francés había regresado *con su división en buenas condiciones aunque fatigada, y que no había dejado abandonado ni un sólo herido* (Thiers, A. 1879, pág. 174).

6. Conclusión.

Napoleón, reflexionando en Bayona sobre los sucesos de España, se consolaba pensando que *l'affaire de Valence n'a jamais été d'aucune considération*⁵⁸. En realidad, el efecto inmediato de la campaña de Moncey había sido evitar que la Junta de Valencia pudiera enviar tropas en auxilio de Zaragoza, que los franceses bloqueaban desde el 27 de Junio. Pero otro tanto podría decirse respecto a las fuerzas de Moncey, que hubieran sido mucho más útiles en otra parte. La campaña contra Valencia puede describirse como un juego del gato y el ratón en el que es imposible determinar qué bando estaba distraendo al otro.

Durante los días que siguieron a la retirada de los franceses, los valencianos celebraron con euforia su triunfo y se prometían una victoria aún mayor. Un despacho recogido en la Gaceta Ministerial de Sevilla se hacía eco de estas expectativas: *Hoy se dice que los franceses marchan a Alzira, pero de todos modos están perseguidos y rodeados, y esperamos de un día a otro su rendición*⁵⁹. La Junta incluso estaba preocupada ante la posibilidad de que tanta celebración terminase en una algarabía, de modo que se proclamó un Bando instando a la población a abstenerse del *abuso de dispararse tiros así por los tejados como las calles*⁶⁰. Incluso en un lugar tan insospechado como Inglaterra, se recibió la fantástica noticia de la *completa derrota de Moncey, con la pérdida de todo su ejército, con unos 12.000 efectivos, con la excepción de 300 a caballo, que habían logrado escapar. El propio Moncey había sido herido en el brazo*,

⁵⁷ Carta de Moncey a Frère en *Cartas interceptadas a los franceses...* BHUV, Sig BH 119

⁵⁸ Napoleón, Corr. Carta 14192 al General Savary, 13 de Julio de 1808.

⁵⁹ Gaceta Ministerial de Sevilla. No 14, 16 de Julio. Despacho de Valencia del 1 de Julio.

⁶⁰ Diario de Valencia. 10 de Julio.

*y otro general ha recibido una grave herida, posiblemente mortal; se encontraron 2500 cadáveres ante las murallas de Valencia*⁶¹.

En cualquier caso, mientras el pueblo llano se regocijaba, todavía ignorante de que Moncey había conseguido escapar, para las autoridades civiles y militares, mejor informadas, se imponía la reflexión. Los hechos estaban ahí: se había perdido una magnífica oportunidad de obtener una victoria decisiva y fácil, que hubiera disminuido notablemente el prestigio francés. El Ayuntamiento de Valencia, que poco o nada entendía de asuntos militares, terminaría presionando a la Junta⁶² para obtener una explicación satisfactoria sobre la huida de Moncey, y no obtendría nada excepto vaguedades y evasivas. En el seno de la propia Junta, se sucedían reproches, mutuas acusaciones y tensos debates que terminarían, como no podía ser de otra forma, con la destitución fulminante de Cervellón.

De este modo, la que podría haber sido una gran victoria para la Junta de Valencia terminaría, ante la escapada de Moncey, por convertirse en objeto de controversia. La mera presencia de los ejércitos de Cervellón bastó para disuadir a Moncey de empeñarse a fondo en la toma de la ciudad, y las revueltas de los pueblos en la serranía de Cuenca, una vez que el francés estaba ya en territorio valenciano, impidieron el envío de refuerzos: la división Frère, despachada desde Madrid para apoyar a Moncey, se desvió hacia San Clemente y no pudo prestarle auxilio. Sin la amenaza que se cernía sobre la retaguardia de Moncey, es posible que Valencia no hubiera podido resistir un asedio. Pero la gente sabía sumar dos más dos: con 16000 hombres reclutados en el país, y 8000 provenientes de Murcia, la Junta no había sido capaz de aplastar a Moncey y sus 8000 franceses.

Es una tentación fácil acusar a un solo hombre por un fracaso tan monumental, pero lo cierto es que Cervellón no estuvo en ningún momento a la altura de las circunstancias. Todavía más lamentable era el hecho de que su designación obedeció al capricho del pueblo de la ciudad de Valencia, que *había conservado sus filias y sus fobias desde el motín contra las Milicias de 1801* (Ardit, M.; 1977, pag.123), sin que nadie, ni la propia Junta, se plantease elegir a alguien más apto. Es posible que los miembros del bando aristocrático de la Junta, como el Conde de la Conquista, estuvieran totalmente satisfechos del nombramiento de alguien social y políticamente afín, y quizá la actitud de completo inmovilismo de Cervellón obedeciera a algún oscuro complot para entregar la ciudad. Pero de ello no existen pruebas, a pesar de las diatribas del Padre Rico.

Las teorías de la conspiración pueden llegar a hacerse sumamente tediosas, así que no vamos a seguir con una hipótesis que, aun probable, no se puede demostrar sino con un testimonio parcial e interesado como el de Rico. Una explicación más razonable la tendríamos en la propia estructura del ejército español y sus carencias. La falta de caballería, como hemos señalado, restringía notablemente la movilidad táctica y las posibilidades operativas del ejército, no ya por la escasez de unidades montadas, sino también por la falta de bestias de tiro para la artillería. Por otra parte, la Junta había

⁶¹ The Gentleman's Magazine and historical Chronicle, 1808. Vol 78, 2. Pag 739.

⁶² AHMV. Libro de actas. D-203

adoptado un expediente peligroso al crear unidades de nueva planta con la inmensa masa de reclutas disponibles: hubiera sido mucho más sensato obtener cuadros de tropa y suboficialidad de los regimientos ya existentes para dar alguna cohesión al conjunto.

En los combates que se libraron, las fuerzas regulares empeñadas en la lucha dieron buena cuenta de sí mismas e, invariablemente, no abandonaban el campo de batalla hasta que la situación era insostenible. Por contra, los voluntarios y paisanos armados ponían pies en polvorosa a las primeras de cambio. La oficialidad inferior e intermedia, en general, demostró ser bastante competente, en especial el cuerpo de artillería de plaza durante la defensa de la ciudad. Finalmente, algunos de los oficiales superiores, como Caro y Llamas, supieron actuar con independencia. Sin embargo, nada podría paliar la negligencia de los mandos superiores, como Adorno y Cervellón, ya que ambos cometieron el error estratégico más grave que se puede concebir: dispersar sus fuerzas sin ton ni son y reaccionar con lentitud a los movimientos del enemigo.

Todas estas razones, que no son excluyentes entre sí, pueden explicar por qué Moncey acabó plantándose a las bravas a las puertas de la ciudad, uno de los objetivos que planteábamos al iniciar este trabajo. En el proceso de encontrar una respuesta a por qué Moncey logró escapar, han surgido nuevos interrogantes que sólo podrán ser resueltos con un análisis de las fuentes francesas, una tarea que no se ha llevado a cabo hasta ahora, y que nosotros hemos acometido aun de forma parcial e incompleta. Las insistentes tentativas que hizo Moncey de asaltar la ciudad sin artillería de sitio pueden explicarse por una mentalidad de ofensiva a ultranza propia del ejército napoleónico, y porque su actuación estuvo condicionada, en todo momento, por las instrucciones que había recibido de maniobrar conjuntamente con Chabran, cuya llegada esperó en vano hasta el último momento.

El análisis de la actuación del "pueblo en armas" se presta a consideraciones históricas y morales. En lo que respecta a las primeras, hemos de dejar muy claro que la gran mayoría de las fuerzas que combatieron en el Pajazo, las Cabrillas y San Onofre estaban formadas por los numerosos voluntarios que se alistaron desde la formación de la Junta. Su actuación fue lamentable, sin lugar a dudas. No obstante, lo hicieron mucho mejor cuando se vieron forzados a combatir sin posibilidad de retirada, y con el refuerzo moral que suponía el hecho de disparar desde posiciones sólidas y estáticas. La contribución del pueblo de la ciudad a la defensa también es digna de elogio aunque, por no faltar a la verdad, contaron con el hecho de que la batalla fue lo bastante breve como para que la moral no sufriera desgaste.

Sin embargo, coincidimos con la valoración de Fraser respecto a este fenómeno de resistencia popular, que tuvo una consecuencia perniciosa: *la ilusión, suscitada por la defensa de Zaragoza y, en menor medida, de Valencia, de que, gracias a la determinación de sus habitantes, las ciudades podían soportar los asedios imperiales.* (Fraser, R. 2006, pág. 277). Ciertamente, muchos de los regimientos valencianos, alistados con tanto esfuerzo en el verano de 1808, serían destruidos durante el segundo asedio de Zaragoza, en 1809.

Hablábamos antes de consideraciones "morales". Nos referíamos a la vergonzosa matanza de los franceses de Valencia, que hemos definido en términos de *pogrom*. Creemos que esta atrocidad sirvió para galvanizar la resistencia contra el invasor, pero de ningún modo es justificable. Para oprobio de los valencianos, estos lamentables sucesos han quedado enterrados y olvidados dentro de las infinitas brutalidades que se perpetraron en una guerra absurda. Si de ello se deriva alguna gran verdad moral, lo ignoro. En última instancia, todos los cadáveres son iguales.

No podemos cerrar este trabajo sin hablar de los franceses. En cualquier valoración de la victoria, es habitual sobreestimar la fortaleza o la calidad del enemigo para, con ello, darle más mérito al vencedor. De ahí se deriva el referirse a las tropas de Moncey como "invencibles tropas del Emperador" o "glorioso ejército francés". Nada más lejos de la verdad. Como hemos visto, no eran tropas de élite, sino reclutas tan inexpertos como la mayoría de regulares españoles.

Lo que, a nuestro parecer, evitó que la expedición de Moncey terminase en un completo descalabro fue no sólo la incompetencia de los generales españoles, sino que el propio Mariscal merece algún crédito. El británico Napier, en su historia de la Guerra Peninsular, lo expresa mejor que nadie:

En cualquier caso, el Mariscal Moncey, cuya fuerza contaba con 8000 soldados, se mantuvo en movimiento y combatiendo sin cesar durante un mes, forzó dos de los pasos de montaña más difíciles del mundo, atravesó varios ríos importantes y llevó la lucha hasta las calles de Valencia. (...) Consiguió evadirse de una situación difícil, derrotó a sus oponentes en cinco ocasiones, matando o hiriendo un total de ellos equivalente al conjunto de su propia fuerza, y trazó un circuito de más de trescientas millas a través de territorio hostil y densamente poblado (...). Pero difícilmente se podría esperar que Moncey hubiera logrado triunfar contra la ciudad de Valencia. (Napier, W, 1839, pág.. 61).

7. FUENTES.

Las fuentes primarias para esta investigación se encuentran, básicamente, en el Archivo Histórico Nacional y en el Archivo Histórico Municipal de Valencia. Aquéllas nos proporcionan el substrato militar que es la esencia de este trabajo, mientras que éstas son imprescindibles dado el ámbito geográfico que hemos elegido. Queda pendiente la posibilidad de revisar los archivos municipales de los pueblos valencianos por donde se desplazaron ambos ejércitos: Requena, Alzira.... Una visita al Archivo del Reino de Valencia proporcionará poca información útil desde el punto de vista militar, y no debe perderse de vista que es un archivo imprescindible para la historia del País Valenciano anterior a la llegada de los Borbones, por lo que escapa a nuestro marco cronológico y temático.

El lector observará que hacemos uso extensivo de fuentes secundarias, como son las respectivas Memorias de los franciscanos Vicente Martínez Colomer y Juan Rico Vidal. La validez de estas fuentes se deriva no sólo de la proximidad cronológica entre su publicación y los acontecimientos que relatan, sino que, en la medida de lo posible, han sido contrastadas con las fuentes primarias para verificar su verosimilitud.

Colomer destaca, especialmente, por su afición a limar asperezas y se abstiene de dedicar palabras amargas a los españoles, por muy ineptos que fueran. Aunque su objetividad es cuestionable, ya que tiende a favorecer a los poderes tradicionales y raramente les censura, Colomer no participó activamente en los acontecimientos que nos relata, ni se vio implicado en la toma de decisiones o los manejos internos de los poderes públicos. Esta toma de distancia es un punto a su favor. Sus descripciones de las distintas batallas son minuciosas, con gran atención al detalle y un notable colorido, cosa extraña para un franciscano.

Por el contrario, el Padre Rico fue protagonista de excepción en los acontecimientos que estudiamos. Apadrinado, o utilizado, por los "siniestros" hermanos Bertrán de Lis en su esfuerzo por ponerse al frente de un movimiento popular, sus memorias reflejan un desdén olímpico por los aristócratas con los que compartió cargo como vocal de la Junta, organismo en cuya creación tuvo un papel decisivo. Si bien su proximidad a los acontecimientos le convierte en una fuente de primer orden, el problema de la objetividad es mucho más acusado que en el caso de Colomer.

Nuestra relativa dependencia respecto a estos testimonios se debe a que las fuentes primarias tienden a guardar silencio cuando se trata de asuntos excesivamente espinosos, como la matanza de franceses del 5 de junio. Los poderes militares, por otra parte, son igualmente herméticos con respecto a sus propios errores, y en el caso que nos ocupa son innumerables.

A continuación, presentamos las fuentes utilizadas, desglosadas según los epígrafes correspondientes.

1. Los sucesos de Valencia en mayo y junio de 1808 y la reacción francesa.

a) *Acta del Real acuerdo del 19 de Mayo.*

En este documento, el Real Acuerdo acusa recibo de las abdicaciones de Bayona, incluyendo una felicitación al Duque de Berg por su nombramiento. Este documento pone de manifiesto que los poderes políticos del Reino, aun sin ser claramente afrancesados, no tenían la menor intención de rebelarse o mostrar desobediencia al gobierno de Madrid.

Archivo del Reino de Valencia. Real Acuerdo. Libro 103.

b) *Acta del Cabildo Municipal extraordinario del 23 de mayo.*

Las deliberaciones de los integrantes del cabildo, reunidos para debatir el envío a Bayona de los diputados por Valencia, se ven interrumpidas por la agitación popular, que irrumpe en el recinto en varias ocasiones para hacerse con el estandarte real.

Archivo Histórico Municipal de Valencia (en adelante, AHMV). Libro de actas, año 1808. D-203.

c) *Bando del Real Acuerdo convocando el alistamiento general, 24 de mayo.*

AHMV. Libro capitular, año 1808. D-204

d) *Acta del Cabildo Municipal ordinario del 27 de Mayo.*

Celebración de un Te Deum y proclamación de Fernando VII.

AHMV. Libro de actas, año 1808. D-203.

e) *Recomendación de la Junta de Valencia a favor del padre Rico, teniente vicario general del ejército del reino de Valencia, a raíz de la causa contra el Padre Rico, Rubio, González Moreno y Pinedo, incoada por el juez Ramón Giraldo de Arguellanda. 1808-10-06. Valencia. N.159 (imagen 1-16)*

Documento que permite aclarar la conducta y actividades del Padre Rico como promotor de la Junta y líder popular oficioso. También se relatan los denodados pero inútiles esfuerzos del P. Rico para prevenir la masacre de los residentes franceses, así como el papel de Rico para evitar el colapso de la Junta y apresar a líder de la conjura xenófoba y populista: el Canónigo Baltasar Calvo.

Archivo histórico Nacional (en adelante: AHN). ESTADO, 83, N

f) *El Acuerdo de la Real Audiencia de Valencia consulta al Consejo sobre las providencias que deben tomarse en relación a la conmoción ocurrida en Valencia el 3 de mayo de 1808 a raíz de la difusión de la noticia de la cesión de la corona hecha en el emperador de los franceses. Incluye la proclama del Capitán General y la Real Audiencia de Valencia llamando a la tranquilidad*

Prueba más de la renuencia de las autoridades valencianas a desobedecer al Duque de Berg, este documento remitido al Consejo solicita instrucciones para actuar en salvaguarda del orden público. Este documento es insólito, en el sentido de que el Consejo, supeditado a Murat, no desea adoptar ninguna medida concluyente, y deja prácticamente en libertad de acción al Acuerdo de Valencia. Adjunta copias de la proclama definitiva emitida el 23 de mayo ante la presión del Padre Rico, y confirma los relatos de éste y de Colomer en sus respectivas memorias.

AHN. Consejos. 5512, Exp.14

g) *Actas del Cabildo Municipal desde el 7 hasta el 24 de junio.*

Estos documentos manifiestan una preocupación redoblada por mantener el orden público, ordenando la creación de partidas de ciudadanos armados, la instalación de puestos de vigilancia en los accesos a la ciudad y el control de los forasteros, para evitar la entrada de agitadores y malhechores.

Archivo Histórico Municipal de Valencia (en adelante, AHMV). Libro de actas, año 1808. D-203.

h) *Cartas a los mariscales Murat y Berthier*

En estas cartas, Napoleón indica las medidas a adoptar ante las insurrecciones en la periferia española, detallando los efectivos y movimientos que se deben utilizar, dando instrucciones precisas y designando los generales que encabezarán las distintas expediciones.

Napoleón Bonaparte. Correspondance. Vol. 17. 1808. Cartas 14028 y 14029.

Fuentes secundarias:

a) RICO Y VIDAL, J. (1810); *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia, que comprehenden desde el 23 de mayo de 1808 hasta fines del mismo año, y sobre la causa criminal formada contra el P. F. Juan Rico, el brigadier D. Vicente González Moreno, el comisario de guerra D. Narciso Rubio, y otros / las escribe y publica el primero, para inteligencia de la nación y de la Europa.* Imprenta de Manuel Santiago de Quintana: Cádiz. (En adelante, Rico, J.: *Memorias...*)

Testimonio directo del PF. Juan Rico, protagonista de los acontecimientos de la revuelta. Cronológicamente, abarca todo el año 1808, en sus diversos episodios. Tiende a ser extremadamente severo con los miembros de la administración anterior a la creación de la Junta, y en muchos pasajes es, también, claramente autojustificativo.

b) MARTINEZ COLOMER, V. (1809) *El filósofo en su quinta, o Relación de los principales hechos acontecidos desde la caída de Godoy hasta el ataque de Valencia.* También puede encontrarse bajo el título simplificado *Sucesos de Valencia*. Se conserva, bajo ambos títulos, en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia (BHUV). (En adelante *Martínez Colomer, V.: Sucesos...*)

El ámbito cronológico de esta obra cubre todo el marco de este trabajo, y ha servido como fuente en todos los sucesivos epígrafes del mismo. Incluiremos aclaraciones donde sea preciso.

c) *Diario de Valencia. 29 de Mayo.*

El Diario se había limitado, hasta esta fecha, a actuar como portavoz de los poderes establecidos, llegando incluso a censurar la revuelta madrileña del 2 de mayo como obra de alborotadores desleales. A partir de esta fecha, se opera un giro sustancial en su trayectoria, abriéndose paso al patriotismo y al fervor popular. Un cambio significativo es la aparición de un articulista anónimo que se hace llamar "Vencedor".

Hemeroteca de Valencia. Localización: Depósito 1. Signatura: 86-87

c) BERTRÁN DE LIS, V (1852). *Apuntes biográficos*. La distancia en el tiempo es el principal inconveniente de esta fuente. Será, no obstante, de mucha más utilidad para un trabajo de historia política y social. En todo caso, su interés para nosotros queda reducido a algunos pormenores de la formación de la Junta.

2. La situación estratégica.

a) *"Manifiesto que hace la Junta Superior de Observación y Defensa del Reyno de Valencia de los servicios y los heroycos esfueros prestados por este desde el día 23 de Mayo de 1808"*.

La página 5 y el anexo IV de este documento nos indican el estado de fuerza de los regimientos acantonados en Valencia y Murcia en el momento de la insurrección, así como la disponibilidad de armamento y pertrechos militares.

BHUV; sig **BH A-150/273**

b) *Estado de fuerza general del Ejército español en 1808, en España, Portugal y en el Norte, con expresión de armas y destinos*

Aunque no aparece la relación pormenorizada de regimientos, este documento nos permite confirmar que el ejército español en 1808 se encontraba muy por debajo de sus efectivos nominales.

AHN. Diversos Colecciones, 136, N.4

c) *Expediente sobre información que la Junta de Valencia pidió al Capitán General sobre los cuerpos creados en el momento de la declaración del reino*

Excepcionalmente útil: en este documento se recoge el orden de batalla completo a partir del 26 de mayo, con los nombres de todos los regimientos, sus mandos y sus efectivos, extensivo a los regimientos de nueva creación.

AHN. Diversos-Colecciones, 73, N.20

d) *Carta del Mariscal de Campo Adorno quejándose de su precaria posición defensiva en las Cabrillas y las carencias de sus tropas (12 de junio).*

La posición defensiva de las Cabrillas era bastante sólida, y Adorno actuó de forma irresponsable abandonándola para salir al encuentro de los franceses. El documento revela que el mariscal carecía de pericia táctica, pero lo curioso es el estado en que, según él, se encontraban sus tropas, que no disponían de cartucheras ni cañanas, por no hablar de uniformes.

AHN. Diversos-Colecciones, 88, N.3

e) *Carta dirigida al Gobernador de Cartagena solicitando el envío urgente de 4000 fusiles.*

No sólo se reclaman fusiles, también hacen falta capotes, sillas de montar, correajes, sables y pertrechos de todo tipo. La Junta de Valencia solicita a Cartagena, donde se ubica el principal arsenal militar de la Capitanía, el envío de cualquier material sobrante del que puedan prescindir.

AHN. Diversos-Colecciones, 95, N.5

f) *Informe del Marqués de Cruillas, a la Comisión de Historia, en el año 1819, habiendo sido Inspector General de la Junta Suprema de Valencia en Junio de 1808.*

Este documento recoge la ubicación improvisada de la artillería y corrobora la anterior suposición de que Valencia, a todos los efectos, era prácticamente una ciudad abierta.

AHN. Diversos Colecciones, 136 N.33

Fuentes secundarias.

a) *Diario de Valencia. 1 de junio. Se publica un bando de la Junta pidiendo donativos para la compra de caballos o, si es posible, la donación de monturas.*

Este documento ratifica, si cabe, la dramática escasez de caballos que sufrían los ejércitos españoles, y que ha sido reconocida, unánimemente, por los historiadores como la principal debilidad del ejército. Por otra parte, hay que tener en cuenta que no todos los caballos son adecuados para montura de guerra, y tampoco para servir de tiro en los trenes de artillería.

Hemeroteca de Valencia. Localización: Depósito 1. Signatura: 86-87

b) *Diario de Valencia 11 de junio. Bando general solicitando a los valencianos depositen en sus respectivos cuarteles cualquier arma de fuego de que dispongan, ante la escasez de armamento para los nuevos regimientos.*

Uno no puede menos que plantearse qué esperaba la Junta, si evitar que los paisanos tuvieran armas que pudieran utilizar contra las autoridades o generar un problema logístico insoluble para municionar a las tropas, dada la increíble diversidad de calibres que se produciría si los particulares donaban armas de caza o de mano, muchas de ellas de producción artesanal.

Hemeroteca de Valencia. Localización: Depósito 1. Signatura: 86-87

c) Rico, J.; *Memorias*: Rico ofrece detalles sobre el funcionamiento de las levadas y su efectividad, así como de las dificultades para equipar debidamente a la tropa.

d) Martínez Colomer, V. *Sucesos...* El franciscano, que dedicó la obra al Marqués de la Romana, hace un relato detallado de las acciones del Brigadier José Caro, hermano del Marqués, y de su actuación al frente del Regimiento de Tiradores Voluntarios de Valencia. Es de destacar que Colomer afirma que dicho Regimiento no recibió sus fusiles hasta el 14 de junio, y estuvo entrenándose sin municiones hasta el 22, cuando recibió órdenes de entrar en combate. La descripción de las defensas de la ciudad es también satisfactoria.

3. El largo camino desde Madrid.

Fuentes primarias.

a) *Carta del Coronel Jorge Traxler, comandante del Regimiento de Suizos, explicando las razones que le llevaron a abandonar la posición en el puente y su ulterior rendición a los franceses.*

Este documento pone de manifiesto la increíble ineptitud del Mariscal Adorno, que fue incapaz de actuar positivamente para salvar a las fuerzas que defendían el puente Pajazo.

AHN Diversos-Colecciones, 136,N.33

b) *Cartas remitidas a la Junta de Valencia desde Saelices, Moya y Minglanilla remitidas el día 11 y recibidas entre el 13 y el 14 de Junio.*

Estos documentos revelan que la Junta de Valencia era cumplida y puntualmente informada de los movimientos de Moncey, e incluso de sus posibles efectivos. Esto hace que sea inexplicable por qué el Conde de Cervellón y su Estado Mayor salieron, el día 15, con destino a Almansa, cuando era obvio que los franceses se dirigían a Valencia por el camino de Cuenca.

AHN. Diversos-Colecciones, 95, N.4

c) *Recomendación de la Junta de Valencia a favor del padre Rico, teniente vicario general del ejército del reino de Valencia, a raíz de la causa contra el Padre Rico, Rubio, González Moreno y Pinedo, incoada por el juez Ramón Giraldo de Arguellanda. 1808-10-06. Valencia. N.159 (imagen 1-16).*

En este documento, la Junta reconoce los esfuerzos del P. Rico por defender una posición indefendible.

Archivo histórico Nacional. ESTADO,83,N

d) *Apuntes del Teniente Coronel José Miranda sobre la actuación de su regimiento en la defensa de Valencia. Redactado en 1819.*

D. José Miranda era el segundo al mando de José Caro, del Regimiento de Tiradores de Valencia, que participó en el combate de San Onofre y se trasladó, con posterioridad, a la ribera norte del Turia para hostigar a los franceses mientras éstos atacaban las defensas de la ciudad.

Este documento es de gran utilidad, ya que nos muestra, pormenorizadamente, el orden de batalla de los distintos cuerpos en que Cervellón había organizado el ejército y su ubicación en el momento del ataque a la ciudad, aparte de incluir un relato del combate de San Onofre, del que fue protagonista.

No obstante, este documento fue redactado en 1819, y su autor tiene una inexplicable tendencia a confundir las fechas. Esto nos ha obligado a contrastarlo con las otras fuentes disponibles (Martínez Colomer, Cruillas...) para depurar la cronología. Por otra parte, su precisión al describir el orden de batalla es plenamente satisfactoria.

AHN. Diversos-Colecciones ,74, N.36

e) Pregón del 14 de Junio:

El Cabildo acuerda suspender la celebración del Corpus Christi ante las inquietantes noticias de la proximidad de los franceses. Hasta entonces, se han sucedido innumerables rogativas y procesiones.

AHMV: Libros de pregones o cridas x.x-13

f) Carta de Napoleón a Murat.

En esta carta, el Emperador protesta ante la lentitud de Moncey.

Napoleón Bonaparte. Correspondance. Vol. 17. 1808. Carta 14071

Fuentes secundarias.

a) Martínez Colomer, V.; *Sucesos...* Queremos reiterar que nos resulta increíble que un Padre Franciscano sea tan aficionado a las batallas y las describa con tanta minuciosidad y atención al detalle. Sin embargo, hemos de ser cautos con las valoraciones que Colomer nos ofrece sobre los movimientos y disposiciones tácticos, y más todavía con las estimaciones de bajas, que son totalmente inaceptables en lo que a los franceses se refiere.

4. El enemigo a las puertas.

a) *Cartas del Mariscal del Imperio Moncei, dirigidas a esta Suprema Junta de Gobierno, y contestaciones á este General.*

Este documento muestra las tres ofertas sucesivas de rendición emitidas por el Mariscal Moncey, y se corresponden, casi literalmente, con la transcripción que de las mismas nos ofrece el Padre Martínez Colomer en sus "Sucesos". Las respuestas negativas de la Junta son, ciertamente, hilarantes.

BHUV. Sig. Var. 119(24)

b) *Expediente del Conde de la Conquista. Informe negativo del Marqués de Sabasona (1809).*

Las indagaciones efectuadas por el Marqués de Sabasona arrojan dudas muy razonables sobre la actitud proclive a la rendición de algunos altos mandos de la Junta, en especial de Aspiroz, Intendente General y del propio Conde de la Conquista, Capitán General, dudas que son compartidas por Rico y atenuadas por Colomer. Cabe decir que el Marqués de Sabasona era un intrigante que actuaba como agente de la Junta Central

AHN. Expedientes personales de generales. ESTADO,42,A

c) *Acta del Cabildo extraordinario del 22 de Junio*

Se recibe la noticia de hallarse los franceses en Requena. Se consulta a la Junta sobre las medidas a adoptar, sin respuesta.

AHNV. Libro de Actas D-203

d) *Acta del Cabildo extraordinario del 25 de Junio.*

En este documento, los reunidos acuerdan que la Junta, que hasta entonces había mantenido sus deliberaciones en el Palacio Real, se traslade al edificio del Consistorio, intramuros, ante la inminente llegada de los franceses.

AHNV. Libro de Actas. D-203

e) *Partes del puesto de observación instalado en el Miguelete.*

Humo, polvo, fregonazos... este documento nos permite recrear la atmósfera de los duros combates librados en las murallas de la ciudad, así como los movimientos de los franceses y sus sucesivos ataques hasta que, a media mañana del 28 de junio, se abandona el puesto de observación.

Dado que este documento está insertado en un volumen de la BHUV, no existe forma alguna de verificar su autenticidad. La cronología horaria y las observaciones de los movimientos del enemigo parecen ser bastante precisas, pero el documento no está firmado. Por otra parte, el observador que la Junta había instalado en el campanario de la Catedral era el británico Tupper, lo que hace más extraño el documento puesto que está relatado en perfecto castellano.

BHUV. Signatura 119

f) *Informe del Marqués de Cruillas, a la Comisión de Historia, en el año 1819, habiendo sido Inspector General de la Junta Suprema de Valencia en Junio de 1808.*

Un relato de la jornada del 28 de junio, y de cómo la población civil de Valencia, hombres, mujeres y niños, contribuyen a la defensa. Junto con el testimonio de Miranda,

nos permite reconstruir con precisión los acontecimientos, siendo un documento imprescindible, aunque breve. Como nota curiosa, el Marqués de Cruillas tuvo que abandonar la posición de San Onofre porque, al parecer, el pueblo le acusaba de colaborar con los franceses y su vida corría peligro. El P. Rico no muestra la menor simpatía por él.

Por otra parte, aunque el relato de la defensa es bastante preciso, Cruillas revela, ante las preguntas de la comisión, una ignorancia supina sobre los movimientos y disposiciones de las tropas en los días anteriores. De ser así, no resulta extraño que Rico le califique de "inútil y holgazán", porque su cargo era, precisamente, el de Inspector de tropas. Como miembro importante de la Junta, su obligación era estar bien informado.

AHN. Diversos Colecciones, 136 N.33

g) *Carta del Conde de la Conquista a los corregidores de la ciudad. 1 de julio de 1808.*

En este documento, el presidente de la Junta felicita a los miembros del Cabildo por su valiente actuación durante el ataque, y cubre de elogios al pueblo por el éxito obtenido. Con ello, suponemos, intenta encubrir tanto sus vacilaciones personales como su inoperancia militar. En una batalla normal, lo lógico es que sean los civiles los que felicitan a los militares, y no lo contrario.

Finalmente, Conquista intenta explicar por qué no se debe correr el riesgo de perseguir a Moncey en su retirada, y solicita al Cabildo que intente contener la *efervescencia indiscreta de los vecinos*.

AHNV. Libro capitular. D-204

Fuentes secundarias:

- a) Martínez Colomer, V.; *Sucesos...* Un relato vívido de los esfuerzos defensivos del pueblo. Cargado de anécdotas, el capítulo que dedica Colomer a la defensa de Valencia es completamente coherente con Miranda y Cruillas, y podemos concederle tanto crédito como queramos.
- b) Gaceta de Valencia del 1 de julio. Otra narración de los esfuerzos defensivos, esta vez rayana en la hipérbole.

5. La retirada de Moncey.

Fuentes primarias:

a) *Cartas de varios generales franceses sorprendidas a dos espías / Las manda publicar la Junta Suprema de Gobierno.*

Moncey se vanagloria de haber conservado su ejército casi intacto, y manifiesta su desdén por los españoles que no se han dignado presentar batalla tras su precipitada huida de Valencia. Se lamenta de las dificultades que ha presentado su retirada, especialmente la acción de partidas armadas irregulares y el hecho de que su columna debiera transportar a los 800 heridos en los combates.

BH Var. 119(06) :

b) *Oficio del Cabildo solicitando a la Junta explicaciones por la huida de Moncey. 1 de julio.*

En este documento, se intenta presionar a la Junta para que emprenda alguna acción vigorosa contra los franceses, que se han dado a la fuga.

AHMOV. Libro de actas. D-203

c) *Cartas de Napoleón Bonaparte a los generales Savary y Bessières del 13 y 17 de julio*
 El Emperador hace una valoración de las operaciones en España y revisa la actuación de Moncey.

Fuentes secundarias:

a) *Diario de Valencia. 10 de julio.*

Se publica un bando de la Junta solicitando a los vecinos que dejen de celebrar la victoria disparando tiros al aire, lo que es nefasto para el sosiego general. Este documento recoge el estado de ánimo y el alivio generalizado que supone, para la población, la huida de los franceses. También demuestra que la tradición valenciana de celebrar cualquier tontería con pólvora tiene más de dos siglos de antigüedad, y que los vecinos pacíficos poco podemos hacer ante tan arraigada costumbre.

Hemeroteca de Valencia. Localización: Depósito 1. Signatura: 86-87

8. Bibliografía.

ALMARCHE VÁZQUEZ, Francisco. *Ensayo De una Bibliografía de folletos y papeles sobre la Guerra de la Independencia Publicados En Valencia, 1808- 1814.* , (editorial: no consta), 1910.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *La Guerra de la Independencia en la cultura española.* Madrid: Siglo XXI de España, 2008.

ARDIT, Manuel. *Revolución liberal y revuelta campesina.* Barcelona: Ariel, 1977

AYMES, Jean-René. *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814).* Madrid: Siglo XXI de España, 2008.

BALDÓ I LACOMBA, Marc. La Nación en armas: El ejército patriota valenciano en la Guerra de la Independencia. *Historia Social*, 2002, no. 42, pp. 3-20

BURKHARI, Emir. *Napoleon's Marshalls.* Londres: Osprey Publishing. 1979.

CASANOVA, Emili; MARTÍNEZ, Francesc-Andreu. La Guerra i la paraula: sobre els sermons patriòtics en valencià durant la guerra de la independència. *Caplletra: Revista Internacional De Filologia*, 2001, no. 31, pp. 213-239

CAYUELA FERNÁNDEZ, José G.; GALLEGO PALOMARES, José A. *La Guerra de la Independencia: Historia bélica, Pueblo y Nación en España (1808-1814).* Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2008.

CHARTRAND, René; YOUNGHUSBAND, Bill. *Spanish army of the Napoleonic Wars: 1793-1808.* London: Osprey Publishing, 2004

CRUZ ROMÁN, Natalio. *Valencia Napoleónica.* Valencia: Natalio Cruz Román, 1968.

DE DIEGO GARCÍA, Emilio; MARTÍNEZ SANZ, José L. *El comienzo de la Guerra de la Independencia: Congreso Internacional del Bicentenario: Madrid, 8-11 de Abril de 2008.* San Sebastián de los Reyes, 2009.

EASTMAN, Scott. "La que sostiene la Península es guerra nacional": Identidades colectivas en Valencia y Andalucía durante La Guerra de Independencia. *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales*, 2005, no. 14, pp. 245-272

EBEL, Edouard.; Le processus d'héroïsation du maréchal Moncey, figure emblématique de la Gendarmerie, en *Cahiers du CEHS*. 2008, no. 35, pp. 51-73

ESDAILE, Charles J.; *La Guerra de la Independencia: Una nueva historia.* Barcelona: Crítica, 2004.

FOY, Maximilien; *History of the war in the Peninsula. Vol II.* London: Treuttel & Würtz, 1829.

FRASER, Ronald; *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814.* Barcelona: Crítica, 2006.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo; *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia.* Madrid: Temas de Hoy. 2007

GARCÍA GUIJARRO, Luis; *La Guerra De La Independencia y el Guerrillero Romeu.* Valencia: Librerías París-Valencia, 1993.

GATES, David; *La úlcera española. Historia de la Guerra de la Independencia.* Madrid: Cátedra. 1984.

GENOVÉS AMORÓS, Vicent. *València contra Napoleó.* València: L'Estel, 1967.

GIL-MASCARELL, Milagro, et Al.. *Història Del País Valencià.* València: Eliseu Climent, 1992.

GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José; FERNÁNDEZ SAN ROMÁN, Eduardo. *Guerra de La Independencia: Historia militar de España De 1808 a 1814.* Madrid: Imp. del Crédito Comercial, 1886.

HERNANDO SERRA, María P. *El Ayuntamiento de Valencia y la invasión napoleónica.* València: Universitat de València, 2004.

MAYLE, François; *Napoleón y la locura española.* Madrid: EDAF. 2007

NAPIER, William F.P. *History of the war in the Peninsula.* Bruselas: Meline, Cans & Co. 1839

OMAN, Charles. *A History of the Peninsular War.* Oxford: Clarendon Press, 1902.

PORTILLO, José M. *Revolución de Nación: Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812.* Madrid: Boletín Oficial del Estado, 2000.

PRIEGO LÓPEZ, José; PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, José. *Guerra de la Independencia (1808-1814),* Madrid, Ministerio de Defensa, Editorial San Martín, 1972-2007, 8 volúmenes

SANCHIS GUARNER, Manuel; *La ciutat de València : Síntesi d'Historia i de geografia urbana.* València: Cercle de Belles Arts, 1972.

THIERS, Adolphe; *History of the French Consulate and Empire. Vol II.* New York/London/Edinburg: Fullarton & Co. 1870



TORENO, José María Queipo de Llano, Conde de; *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución De España*. Madrid: Akros, 2008.

ANEXO I: Efectivos disponibles en el momento de la revuelta del 23 de Mayo.
Extraído del *Manifiesto que hace la Junta....*

13

Número 4.º

**NOTA DE LA FUERZA EFECTIVA QUE
había en el mes de Mayo de 1808 en este
Reyno, y en el de Murcia.**

INFANTERÍA.

*Fuerza de
Sres. Oficia-
les y Tropa.*

<u>Destinos.</u>	<u>Regimientos.</u>	<u>Caba- llor.</u>
En Cartagena....	{ 1.º de Saboya. Salió de aquí en Abril el 1.º y tercer Bata- llon, y quedó el 2.º Batallon:	Su fuerza era.. 153.
	{ Valencia { Todo este Re- Voluntarios de Castilla id..... 1502.	
Pasaron á Tortosa..	Suizos de Traxler.....	1242.

MILICIAS.

Idem.....	De Murcia tenia.....	619.
En Alicante.....	Ábila.....	634.
En Valencia.....	Sória.....	621.

CABALLERÍA.

En idem.....	Numancia.....	657. 357
En Alicante.....	Olivencia.....	577. 494

ARTILLERÍA.

En Cartagena.....	{ 2.º Regimiento y Compañías de Maestranza.....	1352.
-------------------	----------------------------------------------------	-------

Total fuerza..... 8343. 851

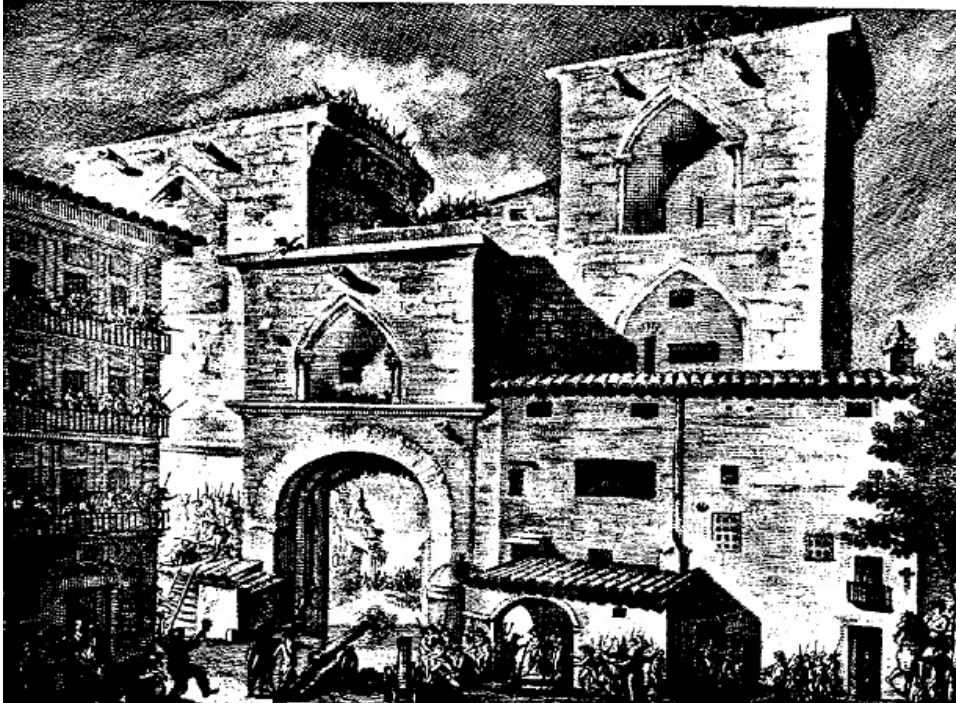
Anexo II. Imágenes del ataque de Moncey.

Escaneadas de: Martínez Colomer, V.:*Sucesos...*

1. Combate de San Onofre:



2. Las Torres de Quart:



Anexo III: Dos de los protagonistas.

1: Bon-Adrien Jeannot de Moncey, Mariscal del Imperio. Wikimedia Commons.



2. El inepto Conde de Cervellón. Retrato por Vicente Lopez Portaña.

http://www.flg.es/html/Obras_7/FelipeCarlosOsorioyCastelviCondedeCervellon_7536.htm



